

LA PRESENCIA DE LAS IDEAS DE LAMARCK EN CUBA EN EL SIGLO XIX

AGUSTÍ CAMÓS CABECERAN

ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/ 0000-0002-9054-660X](https://orcid.org/0000-0002-9054-660X)

Resum: En aquest article s'investiga la presència de l'obra de Lamarck i dels seus plantejaments evolucionistes a Cuba al llarg del segle XIX, mostrant que des dels primers decennis del segle la seva obra era present a l'illa, i que la seva teoria de l'evolució també ho estava tant abans com després de l'arribada de la teoria de Darwin a Cuba. Per tant, l'aportació de Lamarck ha de ser considerada als estudis sobre la introducció de l'evolucionisme a Cuba.

Paraules clau: Lamarck; Cuba; Felipe Poey; Antonio Mestre; Francisco Calcagno; Academia de Ciencias de La Habana; Revista de Cuba

Abstract: This article investigates the presence of Lamarck's work and his evolutionary approaches in Cuba throughout the 19th century, showing that from the first decades of the century his work was present on the island and his theory of evolution was also present both before and after the arrival of Darwin's theory in Cuba. Accordingly, Lamarck's contribution should be considered in the studies concerning the introduction of evolutionism in Cuba.

Keywords: Lamarck; Cuba; Felipe Poey; Antonio Mestre; Francisco Calcagno; Academia de Ciencias de La Habana; Revista de Cuba

Introducción

Jean-Baptiste-Pierre-Antoine de Monet, caballero de La Marck, conocido como Lamarck, fue uno de los más grandes naturalistas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, al que sus contemporáneos ya le reconocieron sus importantes aportaciones a la botánica y a la zoología, y con posterioridad, a la paleontología de los invertebrados. En

cambio, la valoración de la influencia de su teoría transformista ha sufrido grandes altibajos a lo largo del tiempo. La mayoría de los naturalistas contemporáneos franceses, encabezados por el más prestigioso e influente, George Cuvier, rechazaron de forma más o menos rotunda sus aportaciones al transformismo, aunque en determinados círculos neobuffonianos alejados entonces de la ciencia oficial valoraron sus contribuciones. Fuera de Francia y en vida de Lamarck, la repercusión de su transformismo fue menor, aunque no inexistente.

Poco después de su muerte, y en el marco del gran debate que se produjo entre Cuvier y Étienne Geoffroy Saint Hilaire que tuvo una enorme repercusión en los medios científicos (Appel, 1987), se produjo una recuperación de las ideas de Lamarck en torno al transformismo. Pocos decenios más tarde, la aparición del *Origin* de Darwin trajo una nueva revalorización de Lamarck, pero el gran prestigio del naturalista inglés, así como la gestión de su obra que hicieron la mayoría de sus más destacados colaboradores, condujo a que el reconocimiento de Lamarck fuera limitado. Con la llegada del «eclipse del darwinismo» a finales del siglo XIX y principios del siglo XX (Bowler, 1973), se debatieron modelos evolucionistas alternativos al darwinismo, entre ellos un conglomerado de visiones cercanas a las ideas de Lamarck que se englobaban en el neolamarckismo, con lo que su figura recibió de nuevo un importante reconocimiento.

En los primeros decenios del siglo XX, se produjo un agrio enfrentamiento entre los llamados neodarwinistas y los neolamarckistas, que concluyó con la victoria de los primeros con la formulación de la teoría sintética de la evolución. Esta victoria arrastró a los científicos de referencia de ambos bandos, situando a Darwin como uno de los más grandes científicos de todos los tiempos, mientras que a Lamarck se le menospreciaba calificándole de especulador y científico de gabinete.

En el último tercio del siglo XX, cuando ya había transcurrido más de un siglo y medio de la muerte del naturalista francés y se estaban apagando los rescoldos del agrio enfrentamiento entre neodarwinistas y neolamarckistas, pudo iniciarse un periodo de reevaluación de la obra y la influencia de Lamarck, en la que participaron prestigiosos historiadores, entre los que destacaríamos a Richard Bourkhardt (1977), Pietro Corsi (1983), y Goulven Laurent (1987). Esto ha conducido a que actualmente la inmensa mayoría de historiadores de la ciencia y buena parte de biólogos y naturalistas reconozcan el importante papel de Lamarck, no solo en el desarrollo de la botánica, la zoología y la paleontología, sino también en el desarrollo de la teoría de la evolución. Desgraciadamente este reconocimiento todavía no se plasma en algunos medios de divulgación científica, especialmente en Internet.

Entre los historiadores actualmente existe consenso en que el debate sobre el evolucionismo en el siglo XIX no surgió tras la publicación del *Origin*, ni se centró casi exclusivamente en Darwin; se produjo a lo largo de todo el siglo teniendo distintos autores de referencia además de Darwin, entre ellos a Lamarck (Corsi, 2005 y 2011). Y un aspecto recurrente de este debate fue el intento de conciliar planteamientos evolucionistas con la religión, como

puede verse en el caso de la España metropolitana (Camós, 2021), y podremos comprobar también en el caso de Cuba.

Lamarck siempre tuvo un notable reconocimiento en Francia, por lo que podemos encontrar bastantes estudios sobre distintos aspectos de su obra y su influencia en su país de nacimiento. Sin embargo, el estudio de la presencia de sus ideas en otros territorios en el siglo XIX es bastante limitado. Destacaremos los datos de esta presencia en Italia (Corsi, 1984 y Forgione, 2020), y también de la primera parte del siglo en el Reino Unido (Desmond, 1987), aunque existe debate sobre los autores y la adscripción lamarckiana de algunos escritos publicados en Escocia (Corsi, 2021).

En cuanto al Estado español, hace unos años que apareció la obra *La huella de Lamarck en España en el siglo XIX* (Camós, 2021), centrándola básicamente en la España peninsular y apareciendo solo de forma ocasional un importante territorio que perteneció a la corona española durante la mayor parte del siglo: Cuba. La mayor isla de las Antillas fue colonia española hasta 1898, manteniendo con la metrópoli una fuerte vinculación política y económica, y donde se desarrollaba una notable actividad científica y cultural. Pero los miles de kilómetros que separan la isla de Europa y su proximidad a los Estados Unidos, así como la gran influencia de la ciencia francesa, generaron unas dinámicas propias, en algunos casos bastante diferentes de lo que ocurría en la península. Por tanto, este artículo permitirá completar el estudio de la presencia de la obra de Lamarck en España en el siglo XIX.

Una parte de las indagaciones se han basado en los destacados trabajos realizados por Pedro Pruna y Armando García González sobre la introducción del darwinismo en Cuba, y debo agradecerle a Armando García su consejo en distintos momentos de mi investigación. He podido realizar mi investigación desde España gracias a la gran cantidad de información que hay en la red y a la consulta de diferentes bibliotecas y archivos, pero soy consciente de que hay muchos otros datos en Cuba a los que no he podido acceder. A pesar de esta limitación, creo que este estudio puede constituir una buena aproximación a la presencia de la obra de Lamarck en Cuba en el siglo XIX.

Se ha podido comprobar que en la mayor parte de las obras consultadas con contenido botánico o zoológico publicadas en Cuba a lo largo del siglo XIX, encontramos numerosas referencias a Lamarck como autor de la primera descripción de distintas especies de animales y plantas, y en relación con polémicas sistemáticas. Aunque este dato ya nos pone sobre aviso de la notable presencia de Lamarck en la ciencia cubana de aquel siglo, casi no nos referiremos a ello, y nos centraremos en las explicaciones y valoraciones que hemos encontrado sobre el propio Lamarck y su trabajo científico.

Existe un primer esbozo sobre dicha presencia realizado al principio del siglo XX por el antropólogo y malacólogo cubano Carlos de la Torre y Huerta. En pleno auge del neolamarckismo lo expuso en un discurso que leyó el 19 de mayo de 1907 en la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana, con el título «La estatua de Lamarck», y que se publicó en los *Anales* de la institución. Con el pretexto de la estatua que se le iba a

erigir en París, Carlos de la Torre desarrolló una amplia biografía de Lamarck destacando sus grandes logros científicos, y dedicó una parte del discurso a recoger algunas de las elogiosas referencias que le habían dedicado en el siglo XIX varios miembros de la academia cubana, como Francisco Adolfo Sauvalle, Antonio Mestre o Felipe Poey (Torre, 1907: 28-29). Estos tres autores cubanos tendrán un destacado papel en este escrito.

Lamarck en Cuba antes de la publicación de *On the Origin of Species*

A lo largo del siglo XIX Cuba experimentó un gran crecimiento económico y demográfico sustentado en el ingenio, la esclavitud y el ferrocarril (Santamaría, 2009: 81), mientras que se situaba al margen del proceso independentista de la mayor parte de las colonias españolas. Este gran crecimiento se sostenía sobre todo en las exportaciones de azúcar y, en menor medida, de café y tabaco.

Fue crucial la llegada de colonos franceses procedentes de Saint Domingue, tras la victoriosa sublevación de la población esclava negra muy mayoritaria en la colonia francesa, que pasaría a denominarse «Haití». Estos colonos impulsaron la creación de ingenios azucareros, así como el notable incremento de la población esclava para trabajar en dichos ingenios. Dicha población esclava llegó a representar en 1841 el 45 % de la población de la isla, y junto a los negros libres la mayoría de la población, el 58 % (Gott, 2007: 74). Entre los criollos blancos y los españoles residentes en la isla, existía miedo a la revuelta de la mayoritaria población negra, y de hecho en los años cuarenta se produjeron varias, la más conocida y sangrienta se conoce como «la conspiración de La Escalera» (Thomas, 2004: 171-172). Esta situación hizo que se impulsara la inmigración blanca, y también provocó un gran debate en torno a la supresión de la trata de esclavos y a la abolición del esclavismo.

Desde finales del siglo XVIII existían algunos círculos independentistas, pero la mayor parte de la élite cubana era conservadora y temía las eventuales consecuencias económicas de una ruptura con la metrópoli colonial (Gott, 2007: 82-83). Por otra parte, a mediados de siglo Estados Unidos se convirtió en el socio comercial mayoritario, incrementándose su influencia y reforzando los círculos cubanos interesados en la anexión a dicho país.

En 1793 se había fundado la Real Sociedad Económica de La Habana, una institución que hasta los años sesenta del siglo XIX introdujo, a través de sus *Memorias*, las ideas más avanzadas y notables divulgadas por instituciones de diversas partes del mundo en torno a las ciencias (Fernández & García, 2009: 490). Es precisamente en estas *Memorias* de noviembre de 1816 donde encontramos una primera referencia a Lamarck, en un documento sin firma presentado en la sección de educación de la sociedad, en relación a las gestiones con objeto de establecer un jardín botánico en La Habana (Puig-Samper & Valero, 2000: 78). En él se recomienda la adquisición de obras de botánica de distintos autores, entre los que se encontraba Lamarck junto a Tournefort, Linneo, Jussieu, Gómez Ortega y Cavanilles.

Unos años más tarde, Ramón de la Sagra, un polifacético personaje nacido en A Coruña, botánico, político y escritor, que fue director del jardín botánico de La Habana entre 1824

y 1832, se refirió a Lamarck en varias ocasiones. En la citada institución también era profesor de la cátedra de botánica, y por ello publicó un manual para el uso de sus alumnos con el título *Principios fundamentales para servir de introducción a la Escuela de Botánica Agrícola del Jardín Botánico*. La Sagra se refiere a Lamarck en el prólogo de la obra como uno de los autores que había permitido el progreso de la botánica. En la introducción se refiere al error de considerar que la botánica solo tiene por objeto el uso medicinal de las plantas, reproduciendo para ello una frase textual de Lamarck que se encuentra en su introducción de la parte botánica de la *Encyclopédie méthodique*; esta enciclopedia de la que Lamarck había escrito los primeros volúmenes, se encontraba en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de La Habana (Álvarez, 2000: 222). Más adelante define la germinación con palabras de Lamarck (Sagra, 1824: 28). También se refiere a él por ser uno de los autores más importantes para el conocimiento del método natural de clasificación de los vegetales:

Los que deseen mas estension en los caracteres de las familias, y enterarse en los fundamentos del método natural y en las últimas modificaciones que ha experimentado, pueden consultar las obras de *De Jussieu*, *Lamarck* [sic], *Mirbel*, *Desfontaines* [sic], *De Candolle* y *Ventenat* (Sagra, 1824: 115).

Más sorprendente es otra referencia. En un momento de la obra en la que su autor describe la capacidad de mover las hojas que poseen algunas plantas, La Sagra ofrece como obra de consulta para este tema la introducción de la *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres* (Sagra, 1824: 45). El conocimiento de la introducción de esta importante obra zoológica de Lamarck nos hace pensar que La Sagra conocía los planteamientos evolucionistas del naturalista francés, puesto que en ella hizo una amplia y madura exposición de su teoría de la evolución. Además, su interés por la zoología en estos años que se pone de manifiesto por la creación de una cátedra gratuita de zoología y mineralogía (Álvarez, 2000: 96), refuerza más aún esta posibilidad. En la citada obra, La Sagra también cita una memoria experimental sobre la reproducción de los vegetales de un naturalista catalán, cuyo trabajo no ha sido lo suficientemente valorado (Sagra, 1824: 62). Se trata de Antoni de Martí i Franquès, quien defendió ideas muy próximas a las de Lamarck (Camós, 2016).

El conocimiento de la obra de Lamarck por parte del joven Ramón de la Sagra, con el posicionamiento radical que señalaba Manuel Núñez en la biografía que publicó en 1924, «marcadamente liberal, afrancesado y patriota, y atacaba con bastante violencia en sus comienzos principalmente al clero» (Núñez, 2019: 17), está en consonancia con el interés de Lamarck por la reforma social y la transformación del pueblo que señala Caden Testa (2023), y de alguna forma podemos relacionarlo también con la presencia de las ideas de Lamarck en medios radicales del Reino Unido (Desmond, 1987).

La Sagra, tras un fructífero viaje de varios meses por Estados Unidos, volvió a Europa a finales de 1835 comisionado para la publicación de la *Historia Física, Política y Natural de la*

Isla de Cuba, que apareció en trece volúmenes entre 1842 y 1861 (Naranjo, 2024: 143-165). La colección fue dirigida por La Sagra, pero los responsables de la mayor parte de los volúmenes fueron otros autores. Donde más referencias encontramos a Lamarck es en los dos volúmenes escritos por Alcide d'Orbigny, el quinto dedicado a los moluscos y el sexto a los foraminíferos. La mayor parte de los volúmenes fueron publicados en París en francés e inmediatamente traducidos y también publicados en castellano, y los cuadernillos se enviaban a Madrid y a La Habana. En algunos volúmenes participó la imprenta madrileña de Francisco de Paula Mellado, que también publicaría algunas obras enciclopédicas donde se difundieron ideas de Lamarck, que probablemente llegaron a Cuba (Camós, 2021: 181-191).

El 1835 sucedió a La Sagra como director del jardín botánico Pedro Alejandro Auber (Puig-Samper & Valero, 2001). Había nacido en 1786 en Francia donde realizó sus estudios hasta los 22 años, pero en 1808 llegó a España formando parte de la administración militar del ejército francés. En Madrid estudió botánica, zoología y medicina, y se trasladó a Cuba en 1823. Por su formación en Francia y como botánico debía de conocer la obra de Lamarck. Además, sabemos que en 1837 publicó un artículo sobre el sistema cosmológico de Lyell (Fraga & Díaz-Fierros, 2005: 24), por lo que debería conocer los *Principles of Geology*, donde el geólogo inglés había explicado ampliamente el modelo evolutivo de Lamarck, aunque introduciendo algunas notables confusiones. Por otra parte, en el inventario que La Sagra entregó a Auber figura entre los libros «Lamarck Enciclopedia botanica 19 Vols» (Puig-Samper & Valero, 2000: 177); probablemente se refería a la parte botánica de la *Encyclopédie méthodique* a la que ya hemos aludido.

En 1838, mientras empezaban a publicarse en París los primeros volúmenes de la *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba*, Anselmo Suárez Romero escribía en la isla la novela *Francisco*, que no se publicaría hasta 1880. La novela refleja el antiesclavismo presente en ciertos círculos cubanos en aquellos años, y en diferentes pasajes se alude al origen del hombre negro: «Ellos descienden de los monos» (Suárez, 1880: 10), o más adelante refiriéndose a los negros: «Suponiéndolos descendientes de animales» (Suárez, 1880: 16; cit. Pruna & García, 1989: 46). El origen del hombre como evolución de los monos había sido sugerido por diferentes autores, pero una primera exposición del posible proceso la había hecho Lamarck unos años antes en unas destacadas páginas de su *Philosophie zoologique* (1809, I: 349-357).

Entre los naturalistas cubanos del siglo XIX destaca sin duda Felipe Poey y Aloy, quien tuvo un papel clave en la introducción del pensamiento evolucionista en la isla. Su perspectiva al respecto fue cambiando desde posiciones fijistas muy cercanas a las de Cuvier, hasta posiciones evolucionistas influenciadas por el fuerte impacto de las ideas de Darwin expuestas en el *Origen de las especies*, pero manteniendo un notable reconocimiento a Lamarck y a otros naturalistas franceses.

Para entender este último dato hay que señalar que, siendo hijo de padre francés y madre criolla, pasó dos épocas de formación en Francia. La primera etapa que pasó en dicho país fue de niño, estudiando en un colegio de la ciudad de Pau, que le permitió tener una

primera formación francesa y adquirir un dominio perfecto del idioma. La segunda se desarrolló entre 1826 y 1833, cuando pudo conocer de primera mano la obra de los más destacados naturalistas franceses, entre ellos a Lamarck, pero quedó especialmente deslumbrado por Cuvier. Fue en Francia donde publicó sus primeros trabajos sobre insectos, siendo además uno de los fundadores de la Sociedad Entomológica francesa (González, 1999: 9). En 1830 se produjo en la academia francesa el gran debate entre Étienne Geoffroy Saint Hilaire y George Cuvier, en torno a la unidad de plan entre los animales que tenía un destacado trasfondo transformista; como Poey entonces residía en París, pudo conocer el debate de primera mano y, como veremos más adelante, contrapondría las ideas fijistas de Cuvier con las transformistas de Geoffroy Saint-Hilaire.

En 1842 Poey fue nombrado profesor de zoología y anatomía comparada de la Universidad Literaria de La Habana, y al año siguiente publicó el libro *Curso de zoología*, que consistía en «una serie de cuadros sinópticos por medio de los cuales los alumnos pudieran fijar en la memoria la clasificación de Cuvier y Latreille» (Poey, 1843). El libro incluye como cuadro número IX un esquema simplificado de la clasificación de los animales de Lamarck, así como más de cincuenta referencias al naturalista francés como autor de la descripción de distintas especies.

Conocemos un detallado programa de 1853 de las tres asignaturas que enseñó en la Universidad: historia natural, anatomía comparada y zoología. Aunque el naturalista que más cita es Cuvier, en el programa de historia natural cita en más ocasiones a Lamarck. Así, en el capítulo 2, «Série escala ó cadena de los seres», indica que Lamarck, Bonnet y Blainville defendían la serie (Poey, 1853: 65). En el capítulo 28, dedicado a «Familias naturales y otros métodos» (Poey, 1853: 68), se refiere al «Método anaiílico [sic] de Lamarck, por medio del cual se procede de la esponja al hombre, y no viceversa», donde muestra que conocía su innovadora forma de ordenar los organismos en sus obras de zoología, donde iba de las formas simples a las más complejas; también menciona las claves dicotómicas, «Método dicotómico usado por el mismo Lamarck para llegar artificialmente á la determinacion de las especies». En el capítulo 38, sobre la sensibilidad, menciona el concepto de irritabilidad de Lamarck (Poey, 1853: 72).

Cabe destacar que en el capítulo 29, que trata la generación, se refiere a las «Generaciones progresivas en el sentido explicado por Lamarck, que supone todos los animales procedentes del estado infusorio», por tanto, en este capítulo se refiere explícitamente a las ideas evolucionistas de Lamarck (Poey, 1853: 68). Pero en el capítulo 41, dedicado a la naturaleza, muestra que además de conocer el modelo evolucionista desarrollado por Lamarck, en estos años lo combatía:

En la lección 29, sobre la aparicion lenta y sucesiva de las formas, se ha combatido la doctrina [sic] de Lamarck que supone todos los seres modificaciones de uno solo, séase producidos sucesivamente por el desarrollo de un primer gérmen. (Poey, 1853: 74).

Por tanto, en este programa publicado en 1853, da muestras de conocer con cierto detalle distintos aspectos de la obra de Lamarck incluyendo su modelo evolucionista. Unos años antes ya había empezado a poner de manifiesto un cierto alejamiento de algunos posicionamientos de Cuvier. A raíz del descubrimiento de la mandíbula fósil encontrada en 1847 por Rodríguez Ferrer, y tras su estudio por Poey, este la consideró como humana «a pesar de que para los discípulos de Cuvier no había fósiles humanos en lo riguroso de su significación» (Mestre, 1921: 19).

En 1851 había publicado el primer volumen de *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba*, donde encontramos decenas de referencias al trabajo sistemático de Lamarck. Señala a Lamarck como un «genio eminente» (Poey, 1851: 342), al analizar las analogías entre diversos organismos hace una referencia a la serie, escala o cadena de Lamarck (Poey, 1851: 84-85), y añade que era uno de «los más célebres defensores de la disposición serial» (Poey, 1851: 356).

Pero es en el segundo volumen, publicado entre 1856 y 1858, donde encontramos las referencias más ilustrativas. En el capítulo XLVIII, que lleva el título «Peces ciegos», añade una disertación final en la que reflexiona sobre la existencia de peces con estas características. Es en este texto donde, tras exponer las posiciones fijistas y transformistas de Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, las aplica al origen de los peces ciegos:

Los que son de la escuela de Cuvier considerarán indudablemente las dos especies de Lucifugos cubanos y el Amblyopsis de las cuevas de Kentucky, como seres creados en el tiempo para vivir en lugares oscuros, organizados desde el principio de la creación de la misma manera que hoy se encuentran. Mas los que se inclinan á la escuela de Geoffroy S. Hilaire no hallarán dificultad en admitir que proceden de otro tipo, provisto al principio de ojos, viviendo á la luz del sol, pero extraviados de su morada primitiva, y modificados por la necesidad y los hábitos (Poey, 1856-1858, II: 109).

Que explicara que las modificaciones en los ojos se pudieran haber producido «extraviados de su morada primitiva, y modificados por la necesidad y los hábitos», recuerda mucho las páginas que dedicó Lamarck en la *Philosophie zoologique* a explicar la causa de la atrofia de los ojos en los topos y en el aspalax (Lamarck, 1809, I: 241-242). Sin embargo, en el párrafo siguiente se alinea con las posiciones de Cuvier, pero no de una forma incondicional, «siempre que la fuerza de los hechos bien observados no me obligue á apartarme de las lecciones de tan ilustre maestro». Un poco más adelante se refiere a la importancia que para él ya tenía el tema:

El problema que hoy nos ocupa es de los mas bellos que presenta la filosofía zoológica; y si nos hallamos en la actualidad impotentes para su completa resolucion, siempre será forzoso reconocer su importancia.

Al final de la disertación se refiere explícitamente a Lamarck como sustentador de las teorías transformistas, y afirma que Auguste Comte «se ha pronunciado en favor de Cuvier contra Lamarck [sic]» (Poey, 1856-1858: 114). Ciertamente, Comte en el tercer volumen del *Cours complete de Philosophie positive* se refirió al transformismo de Lamarck como «cette ingénieuse hypothèse, puisque la fausseté radicale en est au jourd'hui pleinement reconnue par presque tous les naturalistes» (Comte, 1838: 561); pero también es cierto que en el texto se refiere a Lamarck con gran respeto y explica con claridad su modelo evolucionista, por lo que esta obra de Comte constituye precisamente un notable vehículo de difusión de las ideas de Lamarck (Galera, 201: 66-67), de una forma parecida a lo que había ocurrido con los *Principles of Geology* de Charles Lyell. Veremos más adelante como Andrés Poey, hijo de Felipe Poey y un destacado positivista, se referiría elogiosamente al evolucionismo de Lamarck.

Encontramos otra explicación interesante en el capítulo LII, que lleva por título «Los colores». Después de afirmar que «las causas finales prueban la existencia de Dios» (Poey, 1856-1858, II: 407), y que por tanto los colores se deberían a la mano del creador, indica que hay algunas objeciones a esta interpretación y desarrolla una explicación alternativa evolucionista:

Añaden que al principio el ser no se produjo tan perfecto como hoy se considera; que arrastraba penosamente su vida; pero que, al cabo de millares de años, aunque perecieron muchos, se perfeccionaron otros de generacion en generacion, á consecuencia de las necesidades y de los hábitos, porque todo órgano que entra en ejercicio se desarrolla, y el que no funciona se atrofia.

Aunque en esta exposición no se refiera a Lamarck, pensamos que el naturalista francés no hubiera dado una explicación muy distinta. Sí que se refiere explícitamente a él al final del capítulo, cuando retractándose de ciertas afirmaciones pronunciadas en el discurso de apertura de la Universidad de La Habana de 1856, afirma: «Creo con Lamarck que no hay más que Dios y el Universo, y que por la palabra Naturaleza debemos entender un orden de cosas» (Poey, 1856-1858: 410). El principio de la frase, «creo con Lamarck», parece manifestar un cierto acercamiento al pensamiento del naturalista francés, pero convertirlo en un creyente porque pudiera desprenderse de alguna frase suya descontextualizada constituye una confusión si consideramos el conjunto de su obra, que fue indiscutiblemente materialista. Sin embargo, este posicionamiento sería frecuente en distintos autores cubanos y en ciertos medios religiosos en los decenios finales del siglo XIX.

Precisamente, a raíz de este discurso pronunciado en la Universidad en 1856, su hijo Andrés Poey le dirigió desde París una dura carta en la que le acusaba de estar alejado de las posiciones científicas «vacilando entre el teologismo y la metafísica» (Poey, 1999: 368-369).

A lo largo de los dos volúmenes, Poey se refiere en muchas ocasiones a Lamarck en explicaciones relacionadas con animales invertebrados, especialmente moluscos e insectos,

citando en distintas ocasiones a la *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres*. Poey debía de conocerla a fondo puesto que era una obra de referencia en zoología de los invertebrados, y como ya hemos indicado, en su introducción se encuentra la exposición más madura de la teoría evolucionista de Lamarck.

Desde la publicación de *On the Origin of Species* en 1859 hasta 1868

En este período se produjo el fin de la esclavitud en Estados Unidos, y los cambios políticos en España condujeron a ciertas reformas en Cuba, auspiciadas por dos militares relativamente progresistas que gobernaron desde 1859 a 1866, Francisco Serrano y Domingo Dulce, que abrieron cierto espacio político a la élite criolla, autorizando revistas y sociedades culturales y permitiendo cierto debate político (Gott, 2007: 108). Y a la vez, se producía una maduración de una conciencia nacional que iba alejando importantes círculos intelectuales, tanto del anexionismo estadounidense como de los intentos reformistas del gobierno español.

En octubre de 1859 se publicó en Inglaterra *On the origin of species* de Charles Darwin, lo que supuso un gran impulso al debate sobre la evolución de las especies, primero en el Reino Unido y Alemania, para extenderse posteriormente al resto de Europa y otras partes del mundo. En la España peninsular aparecieron unas primeras tímidas reacciones desde principios de los años sesenta con numerosas referencias a Lamarck (Camós, 2021: 221-273), hasta que se abrió un importante debate a partir de septiembre de 1868 con el inicio del Sexenio Democrático, que había permitido una mayor libertad de expresión. En Cuba sucedió algo similar, puesto que entre 1860 y 1868 siguieron apareciendo algunas referencias a la evolución relacionadas en buena parte con la obra de Lamarck, hasta que en 1868 se inició un importante debate sobre el evolucionismo en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

A finales de 1861, Felipe Poey disertó sobre la unidad de la especie humana en el Liceo Guanabacoa de La Habana. Aunque no se imprimió de forma completa su conferencia, se conoce el manuscrito fechado en septiembre de 1861. A lo largo del texto expone que existen dos tendencias en relación con la idea de especie: «1º. la de variar dentro de ciertos límites, pues no hay en rigor dos individuos iguales; 2º. la de transmitir á los descendientes como herencia las modificaciones adquiridas» (Poey, 1999: 507). La segunda de estas tendencias podría llegar a admitir la transformación de las especies a través de la herencia del uso y desuso de las partes, y por tanto el modelo de evolución que acostumbra a asociarse con Lamarck, pero Poey en el texto solo admite la posibilidad de generar razas. Defiende la unidad de la especie humana, así como la unidad de origen que sitúa en Asia. Pero en este momento niega rotundamente que el hombre provenga del mono, «No hay transición entre el hombre y el bruto, hay un abismo intelectual» (Poey, 1999: 518), alineándose además con posiciones conservadoras católicas, «la verdadera ciencia está de acuerdo con los admirables capítulos del Génesis» (Poey, 1999: 505).

Lamarck aparece citado en el texto de una forma confusa ya que lo relaciona con aquellos que están en contra de la unidad de la especie humana, aunque situándolo junto a personajes contemporáneos como Virey o Bory de Saint-Vincent, o de generaciones posteriores como Paul Broca (Poey, 1999: 507), que compartían con Lamarck algunas de sus ideas evolucionistas. Aunque hacía cerca de dos años que había aparecido *On the origin*, no aparece ninguna referencia a Darwin en el texto.

El secretario general de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, el médico Ramón Zambrana, conferenció en el Liceo pocos días después que lo hiciera Felipe Poey. Zambrana compartía con Poey el monogenismo, pero como algunos de sus contemporáneos defendía incluir al hombre en un reino aparte, el reino hominal. En el discurso que se publicó tres años más tarde en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, Zambrana se muestra como un convencido creacionista, atacando el transformismo defendido por Benoît de Maillet, que había fallecido hacía más de un siglo, y por Lamarck que lo había hecho hacía más de treinta años. En ningún caso recoge las opiniones de autores contemporáneos. Afirmaba Zambrana:

¿Qué vienen a ser los delirios de Maillet y Lamarck, que ven el origen del hombre en la transformación sucesiva de los seres, contra el imponente testimonio de las momias egipcias, que demuestran que los cocodrilos y los perros de la época de los Faraones, son los mismos que los cocodrilos y los perros de nuestros días, y que la especie no ha variado en más de tres mil años? (Zambrana, 1864: 261; cit. Pruna & García, 1989: 50).

Esta referencia a las momias de Egipto que había traído Étienne Geoffroy Saint-Hilaire reproduce algunos de los argumentos utilizados por Cuvier cuando quiso desacreditar los planteamientos evolucionistas de Lamarck hacía más de medio siglo, y fue utilizado de forma recurrente por diversos autores. El propio Lamarck respondería a estos argumentos en la *Philosophie zoologique* (1809, I: 69-73).

Se encuentran algunas referencias explícitas por parte de Poey a la teoría evolucionista de Lamarck, en un programa del curso de geología difícil de datar, pero que podría corresponder a 1863, cuando ocupó la cátedra de las asignaturas de zoología, botánica y mineralogía con nociones de geología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana. El programa consta solamente de dos páginas donde se enumeran los distintos temas a tratar. El tema 46 tiene un título ciertamente explícito, «Origen y desarrollo de las especies», e incluye una interesantísima nota que nos da una idea del notable conocimiento del tema que ya empezaba a tener el naturalista cubano:

El asunto es tan vasto, que merece formar un tratado especial; bien que perteneciente a la paleontología. Comprende la definición y origen de la especie y su permanencia o

mutabilidad, conforme a la especie y a las teorías de Linneo, Cuvier, Lamarck, Geoffroy Saint Hilaire, Agassiz, Darwin [?], etc. (Poey, 1999: 521).

Como vemos, se refiere explícitamente al origen de la especie, el fijismo y el evolucionismo, citando a los autores más destacados que habían trabajado el tema como Lamarck y el mismísimo Darwin, junto al destacado antidarwinista contemporáneo Louis Agassiz. Se trata de una de las primeras referencias a Darwin en Cuba, pero sorprende el interrogante que figura tras Darwin en la transcripción del manuscrito de Poey que se encuentra en la Universidad de La Habana.

En 1866 encontramos otras referencias a Lamarck por parte de Poey en un artículo sobre sistemática zoológica publicado por el Liceo de Matanzas. Sigue en general criterios próximos a Cuvier, pero afirma que «cuando se estudie comparativamente en la serie, se siga el método analítico de Lamarck [sic]» (Poey, 1866: 74). Más adelante vuelve a elogiar el pretendido deísmo de Lamarck: «Mas racional es la definicion de Lamarck [sic], que considera la naturaleza como un orden de cosas establecido por Dios para la existencia y conservacion del universo» (Poey, 1866: 78).

Un año antes, en abril de 1865, se habían empezado a publicar las entregas del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba* dirigido por Poey. La primera entrega fue escrita por Manuel Jacinto Presas y Morales, médico y licenciado en ciencias, que sería académico de número de la Real Academia Nacional de Medicina de España y de la Sociedad Española de Historia Natural. La confianza que en él tenía Poey se pone de manifiesto en que le sustituyó como profesor siendo todavía estudiante de ciencias. Esta primera entrega llevaba el título de «Historia natural de Cuba», y en ella Presas hace un interesante resumen de la historia de las ciencias naturales en la isla. En una de las primeras páginas encontramos un cierto reproche a Linné y Lamarck, «Ni Linneo ni Lamarck citan una sola vez la Isla de Cuba» (Presas, 1865: 5). Un poco más adelante se refiere al capítulo que Poey había escrito sobre los colores en las *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba* del que ya hemos hablado, señalando «que tiene sólida aplicación á las causas finales y á las creaciones sucesivas de Lamarck» (Presas, 1865: 8).

Otro colaborador de Poey en la misma publicación fue el destacado malacólogo cubano Rafael Arango y Molina. Arango publicó en las entregas de junio a septiembre de 1865 el «Catálogo de los moluscos terrestres y fluviales de la isla de Cuba», con introducción y notas de Poey. En las advertencias del autor, Arango aborda uno de los temas cruciales en el desarrollo de la teoría de la evolución sobre el que Lamarck había reflexionado mucho, la dificultad de establecer los límites entre variedades y especies:

La dificultad de establecer los límites entre las especies y variedades se toca á cada paso en el estudio de los moluscos terrestres de Cuba. Si se fuera á aplicar la regla de las transiciones, que ha parecido tan importante al sabio anotador de Lamarck, el Sr. Deshayes,

habrían de refundirse en una sola especie innumerables formas, que hoy son consideradas como especies, y llevarían entónces el nombre de variedades locales. Por un lado se dice que la especie es invariable; por otro se admite la influencia de las localidades: ¿a qué debemos atenernos? Preciso es confesar que la ciencia moderna, fluctuando entre las opiniones de Linneo y de Geoffroy de St. Hilaire, de Cuvier y de Lamarck, no ha resuelto el gran problema; y que el origen de las especies es y será para el hombre un misterio superior á su inteligencia. Y sin embargo, no podemos negar que toda la ciencia reside en la ilustración de esa gran dificultad; porque la especie es la unidad zoológica, y porque los que no están de acuerdo con su definición, no lo están en ninguna de las cuestiones que constituyen la verdadera filosofía de la naturaleza (Arango, 1865: 77).

Ante el problema de la delimitación de las especies, Arango sitúa dos posiciones alternativas, la del fijismo de Linneo y Cuvier, frente al transformismo de Geoffroy Saint-Hilaire y Lamarck. Relaciona el problema con el origen de las especies, que valora como un tema de inalcanzable resolución por parte del hombre, aunque al final matiza un tanto la afirmación, y lo considera una de las cuestiones fundamentales de la filosofía de la naturaleza. De nuevo en este marco y refiriéndose al origen de las especies, no cita a Darwin, y el naturalista británico tampoco aparece en los dos volúmenes del *Repertorio*.

Otro colaborador destacado del *Repertorio* fue el licenciado en ciencias naturales y médico, Juan Vilaró y Díaz, que publicó los artículos a los que nos referiremos mientras todavía estudiaba en la Universidad. En ellos, encontramos referencias indirectas al modelo evolucionista al mencionar las transiciones en la serie animal, sin citar ni a Lamarck ni a Darwin, pero el lenguaje le acerca al naturalista francés. En la entrega de enero de 1867 encontramos un corto artículo con el título de «Culebrita ciega». En dicho artículo podemos leer: «Los grupos que más llaman la atención en la serie animal, son los que sirven de transición de una clase á otra clase, de un orden á otro orden...» (Vilaró, 1867: 69), y un poco más adelante, refiriéndose a la familia de los escíndidos afirma: «La transición es insensible entre los diferentes géneros de esta familia» (Vilaró, 1867: 70).

En el mismo volumen aparece un artículo titulado «Notas de Juan Vilaró», y en la tercera nota se refiere a los batracios como una forma de transición entre peces y reptiles:

Es indudable que los Batracios forman la transición de los Reptiles á los Peces, pues en su primera edad respiran por medio de branquias, apareciendo posteriormente los pulmones; y aun hay algunas especies que conservan conjuntamente las branquias toda su vida y son los únicos que merecen el nombre de verdaderos anfibios (Vilaró, 1867: 122; cit. Pruna & García, 1989: 173).

Sin embargo, en un párrafo anterior se refiere a un elemento que se convertiría en un argumento importante en la defensa del evolucionismo con posterioridad a Lamarck, se

trata de introducir datos derivados de la embriogénesis comparada, por lo que parece que conocía algunos aspectos del debate evolucionista de aquellos años. Escribía Vilaró:

... llevada la observacion hasta la génesis de todos los seres de la escala zoológica, se hallaron caracteres interesantes que se habian ocultado á investigaciones anteriores. Se sabe, así, que los Mamíferos, las Aves y los Reptiles, durante su evolucion embriogénica tienen, además de la *vesícula vitelina*, que es comun á todos vertebrados, la *vesícula alantoidea* y el *amnios* que no poseen los Batracios y Peces, los cuales pasaron, por tanto, á constituir el orden de los *Analantoidios*.

Un año antes, Vilaró en el *Anuario de la sección de ciencias físicas y naturales del Liceo de Matanzas* se había referido a la división entre vertebrados e invertebrados que había introducido Lamarck, así como a los principales grupos en los que había dividido estas dos grandes categorías (Vilaró, 1866: 165).

Pedro Pruna y Armando García se refieren a él en esta época como un posible «evolucionista no confeso», que las referencias señaladas parecen confirmar (Pruna & García, 1989: 174), y que años después se mostraría abiertamente favorable a la teoría de la evolución.

En este año 1867 también encontramos una referencia que Álvaro Reynoso hizo al *Origen de las especies*, en su obra *Apuntes acerca de varios cultivos cubanos*. Al mencionar la obra de Darwin indica que había «hecho despertar la vieja controversia» entre transformistas y fijistas (Reynoso, 1867: 252, cit. Pruna, 1999: 71-72). Al referirse a la «vieja controversia» parece poner de manifiesto que conocía las ideas de Lamarck y los debates que provocó. A ello debemos añadir que, al no existir todavía ninguna traducción del *Origen de las especies* al castellano, la mayoría de los autores cubanos pudo haber leído la traducción al francés que hizo Clémence Royer, que, como sabemos, tenía una fuerte impregnación de las ideas de Lamarck.

Lamarck en los debates en la Academia de Ciencias de la Habana, de 1868 a 1875

Este período coincide con el Sexenio Democrático y con la mayor parte de la Guerra de los Diez Años. Las libertades de las que disfrutó la sociedad en la metrópoli durante la mayor parte del período debido a los planteamientos liberales o incluso algunos casi revolucionarios de distintos gobiernos, no existieron en Cuba debido a la fuerte represión que se desató durante la guerra, desarrollada tanto por el ejército español como por los batallones de voluntarios.

En la España peninsular, el gran debate público sobre el evolucionismo se abrió en 1868. En el mismo año, en Cuba también se produjo un destacado debate en torno a la variabilidad de las especies que tuvo lugar en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, y que inevitablemente había de conducir a polemizar sobre la

evolución. Esta academia, que se fundó en 1861 constituyendo durante los siguientes decenios una de las principales instituciones científicas cubanas, en 1867 sufrió un notable cambio en la composición de su junta de gobierno hacia posiciones más liberales, que, junto a otros factores, posibilitó el inicio de un destacado debate en torno al evolucionismo (Pruna, 2002: 168-172).

El 10 de octubre de 1868 se producía el levantamiento por la independencia dirigido por Carlos Manuel de Céspedes con el que se iniciaría la Guerra de los Diez Años; se inauguraba un decenio de gran inestabilidad y fuerte represión en la isla que produciría importantes pérdidas humanas y económicas, que también afectaría gravemente a la academia y a bastantes de sus miembros (Pruna, 2002: 191-195). Al día siguiente, el académico de número Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, pronunciaba en la academia el discurso «Sobre la variabilidad de las especies en plantas y animales». Frías fue un influyente personaje en Cuba, liberal y comprometido con la mejora de la agricultura de la isla, que realizó estudios en Francia de botánica, geología, zoología y agronomía. La alocución centrada en la variabilidad y el hibridismo tenía como objetivo descalificar el evolucionismo, censurándolo abiertamente con las siguientes palabras:

La trasmutacion de las especies, así en plantas como animales, no parece que pueda invocar en su apoyo ningun ejemplo ó hecho práctico en la época histórica del hombre. Los monumentos humanos mas antiguos nos representan á unas y otras con las mismas formas y caracteres específicos con que hoy las conocemos, obligando á los partidarios de la mutabilidad á buscar en otras condiciones biológicas, en otros tiempos de la vida de nuestro planeta, los argumentos favorables á su tesis (Frías, 1868: 225).

Añadiendo a continuación a los naturalistas que consideraba responsables de estas teorías:

¿Puede deducirse de ahí algun argumento favorable á la teoria de Lamarck, de los dos Geoffroy Saint Hilaire, y á la mas moderna expuesta en la célebre obra del naturalista inglés M. Darwin?

Como vemos, ya aparece en el centro del debate «la célebre obra» de Darwin, aunque sigue refiriéndose también a Lamarck y Étienne e Isidore Geoffroy Saint-Hilaire. En lo que podemos considerar las conclusiones de Frías, vemos que la descalificación del evolucionismo ya apunta a la teoría de Darwin:

... el estudio que acabamos de hacer, demuestra con la mayor evidencia, que como agentes de trasformacion, aun para las simples razas, hay que descartar por completo el cruzamiento y la hibridacion con los que tanto ha contado Mr. Darwin para dar alguna probabilidad á su teoría (Frías, 1868: 233).

Hay que recordar que, aunque tanto Darwin como Lamarck se interesaron por el hibridismo, en ningún caso este elemento formó parte central de sus respectivas teorías evolutivas (Burkhardt, 1977: 93).

Esta animosidad de Frías en contra del evolucionismo de Darwin en estos años queda confirmada en un texto un poco anterior, una reseña del *Origin* que llevaba el título de «Sobre el origen de la especie», donde el conde hacía algunas alabanzas al trabajo de Darwin, pero rechazaba radicalmente sus conclusiones, aunque al final se mostrara algo abierto a aceptarlas «si semejante hipótesis descansase en hechos y pruebas incontrovertibles» (Frías, 1880: 220). El texto concluye con el lugar y la fecha en los que se escribió, «Habana, 1º de Setiembre de 1868», pero no sabemos si llegó a publicarse en estas fechas; lo conocemos porque apareció doce años más tarde en la *Revista de Cuba*. Frías se refugió en Francia a finales de 1869 a consecuencia del estallido de la guerra y murió en París en 1877, cuando parece que ya defendía el evolucionismo (Morales, 1887: 31).

Fue Poey quien respondió al discurso de Frías en la Real Academia, centrando su intervención en la confrontación de principios de siglo XIX entre Lamarck y Cuvier, que sin duda conocía más a fondo, sin citar en cambio a Darwin:

Dos hombres célebres se encuentran en los contrarios bandos: Cuvier sustenta la inmutabilidad dentro de los límites de una variabilidad circunscrita; Lamarck pugna por la mutabilidad á consecuencia de una variabilidad indefinida (Poey, 1868: 235).

Aunque la respuesta de Poey no es del todo clara, parece que su posición respecto del evolucionismo había cambiado y estaría más abierto a aceptarlo. Esto explicaría que dijera que no abordaría el tema del origen de las especies «por la cortesía que le debo al Sr. Conde», quien se había mostrado contrario al evolucionismo.

En el ejemplar de los *Anales* de enero de 1869 se recoge un resumen del discurso de Frías y la intervención posterior de Poey (*Anales*, V: 304-305). En este resumen queda todavía más clara la intención que tenía Frías de desacreditar a Darwin, mientras que en la respuesta de Poey solo se habría referido al transformismo de Lamarck. Al final se afirma que «el Sr. Conde tiene casi concluido el análisis de las teorías de Darwin». Probablemente aludía a la reseña del *Origin* a la que ya nos hemos referido.

En 1887, ya al final de su vida, Poey afirmaría en la *Revista Enciclopédica* que sus ideas sobre esta materia habían cambiado después de leer a Lamarck, Darwin, Haeckel y Spencer (Pruna, 1999: 78), y con los datos recogidos es muy probable que este cambio se hubiese gestado entre 1861 y 1868.

En 1870 se produjo en la Academia de Ciencias de La Habana el debate en torno del evolucionismo más vinculado a lo que estaba sucediendo en la España peninsular. Ocurrió en la presentación de la memoria de José de Letamendi, «Qué puede afirmar hoy la ciencia acerca de la naturaleza y del origen del hombre». El título de la memoria era muy

parecido al de las dos conferencias que Letamendi había pronunciado tres años antes en el Ateneo Catalán de Barcelona, que posteriormente se publicarían en el libro *Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre*. De la memoria únicamente conocemos el informe de solo tres páginas que leyó Francisco María Navarro y Valdés, pero con los datos que tenemos creemos que tenía una relación directa con las conferencias de Letamendi en Barcelona.

Desde las primeras investigaciones históricas sobre la llegada del darwinismo a España realizadas por Diego Núñez y Thomas Glick, se han considerado las conferencias pronunciadas por José Letamendi en el Ateneo Catalán como una de las primeras refutaciones públicas de las ideas de Darwin. Sin embargo, un análisis pormenorizado de los discursos permite ver que Letamendi se refería a Darwin como uno de los autores de las teorías evolucionistas, pero sin explicar su teoría. En cambio, consideraba a Lamarck como el naturalista que se encontraba en el origen de estas teorías y aventuraba una singular explicación del modelo evolucionista del naturalista francés (Camós, 2021: 267-270).

El informe del doctor Navarro y el debate subsiguiente se recoge en el acta de la sesión del 24 de julio que se publicó en los *Anales* de la Academia. En las escuetas tres páginas del informe del doctor Navarro sobre la memoria que Letamendi envió a la Academia de La Habana, solo se cita como científico evolucionista a Lamarck:

... cita numerosos hechos que destruyen la escala zoológica admitida por Lamarck [sic] y otros, los cuales quieren hacernos simples seres nacidos de transformaciones y perfecciones sucesivas de la materia. Igual juicio le merece la mutabilidad de las especies, así como la teoría de la generación espontánea, de la que solo quedan recuerdos para la historia (*Anales*, vol. 7: 353).

Como vemos, Navarro explica que Letamendi cita expresamente a Lamarck, se refiere a la escala zoológica, al hombre fruto de las transformaciones y perfecciones sucesivas, y a la generación espontánea. Estas tres ideas a las que Letamendi se opondría están muy cerca del evolucionismo que defendió Lamarck. Darwin nunca defendió públicamente la generación espontánea, y todavía faltaban dos años para que hiciera pública su posición sobre el origen del hombre con la aparición de *The Descent of Man*.

Navarro había dejado translucir su conformidad con las ideas antievolucionistas defendidas por Letamendi, pero distintos asistentes a la reunión mostraron su desacuerdo. Así lo hicieron Marcos Jesús Melero, Antonio Mestre y Tomás González y Delgado. Mestre defendió el positivismo y afirmó que invocar las causas finales «es casi un anacronismo» (*Anales*, vol. 7: 359). Es especialmente interesante la intervención de Tomás González, que después de recriminarle a Letamendi que las ideas expuestas no eran seguramente la última palabra de la ciencia, ni lo que esta pudiera hoy decir respecto al particular» (*Anales*, vol. 7: 355), indica en relación con el origen, unidad y antigüedad del hombre:

... la variabilidad de la especie y la del perfeccionamiento gradual, las ideas de Lamarck, Geoffroy, Bory de Saint Vincent y otros muchos partidarios de esta escuela están en su vigor (*Anales*, vol. 7: 356).

Por tanto, consideraba vigentes las ideas de Lamarck sobre la variabilidad y sobre el perfeccionamiento gradual. En los párrafos siguientes refuerza estas ideas, así como la posible vinculación de las reflexiones sobre el origen del hombre con el descubrimiento del gorila:

... sobre todo desde que el descubrimiento del Gorila ha venido á estrechar mas el lazo que une al último de los salvajes con el primero de los monos, haciendo mas patente la ley de las transiciones en los dos órdenes superiores de la escala de los seres. En su sentir, si bien han contribuido al esclarecimiento de muchos hechos los esfuerzos llevados á cabo en nuestros días por Darwin, Flourens, Decaisne, Naudin, Van Beneden, Pasteur y otros ...

Tomás González ponía de relieve estar al corriente de las polémicas en torno del gorila y se refería a distintos naturalistas contemporáneos, entre ellos a Darwin, lo que parece poner de manifiesto que tenía un notable conocimiento de los debates que se estaban desarrollando en aquellos años sobre el origen de las especies. Tomás González tuvo una corta vida, puesto que en agosto del año siguiente se informó de la muerte del joven farmacéutico en los *Anales*, tomo 8, página 162.

La presentación de una memoria era preceptiva para ser admitido como socio correspondiente de la Academia, y a pesar del notable debate que deparó la memoria de José de Letamendi, fue admitido como tal.

Unos años más tarde, también en los *Anales* de la Academia podemos leer un resumen de una disertación científica que leyó Francisco Adolfo Sauvalle Chauceau, sobre la «Continuidad en la Naturaleza». Sauvalle fue un botánico cubano nacido en Estados Unidos en 1807, hijo de padres franceses, que desde 1814 hasta 1824 se formó en Francia. En el resumen que aparece en los *Anales* no se cita a Lamarck y sí a Darwin, pero marcando una cierta distancia con el naturalista inglés cuando decía «sin abogar en favor de las doctrinas de Darwin» (Sauvalle, 1875: 7). Al principio se refiere a «la encarnizada lucha» entre los naturalistas fijistas y evolucionistas, que se iba decantando hacia estos últimos:

asunto trascendental que en la actualidad tiene divididos en dos campos á los filósofos, los naturalistas y los sabios del mundo entero, y que ha promovido la encarnizada lucha empeñada entre la escuela antigua y la del “transformismo”, cuyas filas van cada día aumentándose con numerosos prosélitos (Sauvalle, 1875: 7).

Pero aparecen expresiones como «la serie de eslabones de esta cadena continua de todo lo existente», «la ley del desarrollo ascendente», o «la ley del progreso por la cual se operan en su naturaleza prodigiosas evoluciones» (Sauvalle, 1875: 8), todas ellas más cercanas a las ideas de Lamarck y otros autores contemporáneos que a las ideas de Darwin. En el resumen puede apreciarse como Sauvalle hace una tímida defensa de un evolucionismo más cercano al modelo de Lamarck que el de Darwin, y en el discurso completo que se conserva en el Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia y Organización de la Ciencia, aparecen referencias elogiosas tanto a Lamarck como a Darwin (Pruna & García, 1989: 71).

En la sesión del 11 de junio de 1876, Sauvalle mostraría de forma clara un enorme respeto por la obra de Lamarck en el discurso de contestación a la memoria inaugural de José Rocamora, «Del Eucalytus», que no se publicaría hasta cuatro años más tarde. Sauvalle reprimiría a Rocamora no haberse referido a Lamarck, reivindicándole como prestigioso botánico introductor de las claves dicotómicas:

Ha pasado también desapercibido para el Dr. Rocamora el célebre botánico y naturalista de Lamarck, llamado el Linneo de Francia, inventor de un procedimiento simple, pero en muchos casos de gran utilidad, conocido por sistema dicotómico ó analítico.

Destacándolo después como pionero en el desarrollo del evolucionismo:

Lamarck fué el primero que sostuvo que cada especie animal ó vegetal descende de prototipos comunes de organización más simple y creados espontáneamente, —teorías reproducidas en nuestros días por Darwin y Buchner, y acogidas con más entusiasmo aún por el renombrado profesor de la Universidad de Jena, Ernesto Haeckel (Sauvalle, 1880: 385).

Añadiremos en este apartado una interesante referencia a Lamarck y el evolucionismo en estos años, de un escritor que no perteneció a la citada academia. Se trata de Francisco Calcagno Monzón, conocido especialmente por su *Diccionario biográfico cubano*. Este destacado escritor, profesor, periodista y traductor, hijo de un prestigioso médico italiano que se instaló en Cuba en 1818, abolicionista y autonomista, estuvo siempre muy interesado por la ciencia, fue miembro de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba y escribió varias novelas que tenían un importante contenido científico con la voluntad de difundirlo y así hacer más asequible la ciencia¹.

En la introducción de su obra *Historia de un muerto y noticias del otro mundo*, publicada en La Habana en 1875, justifica las razones por las que incluía en algunas de sus novelas

1. Sobre Francisco Calcagno, «El polígrafo cubano Francisco Calcagno (1827-1903), la difusión del evolucionismo y sus últimos años en Barcelona», de Agustí Camós Cabecera, que aparecerá próximamente en un volumen que recoge el XI coloquio internacional sobre darwinismo celebrado en Ushuaia en noviembre del 2024.

información científica, tal como hacía por ejemplo Julio Verne, en quien se inspiraba y consideraba un destacado innovador de la llamada «novela científica»:

Escritas en su mayor parte conforme á los últimos adelantos de las ciencias, estas obras han contribuido grandemente á desarrollar el gusto por la lectura útil (...) que han difundido el amor á las verdades científicas entre personas que solo las gustaran cuando endulzadas ó engalanadas con las flores del estilo novelístico (Calcagno, 1876: 5-6).

En la obra, partiendo del estudio del cadáver de un hombre, hace numerosas reflexiones científicas refiriéndose a naturalistas y otros grandes investigadores, como Buffon, Cuvier, Redi, Laplace, Priestley, Lavoisier, Pasteur, Pouchet y Poey, entre muchos otros. En unas páginas en las que se refiere al debate sobre el origen de los seres vivos y del hombre, se decanta por el origen que le atribuye «la ciencia moderna», pero sin explicitar el término «evolución» o «transformismo».

Así pues, la filosofía natural se opone al origen de los seres y del hombre por el solo y momentáneo efecto del fiat lux: la lógica parece inclinar la razón del lado de la teoría moderna... (Calcagno, 1875: 104).

En el siguiente párrafo se refiere una única vez a Lamarck, con una singular grafía, Lanmark, haciendo un esbozo de su teoría evolucionista. En una parte del fragmento que reproducimos usa comillas angulares, por lo que parece estar transcribiendo un texto de algún autor que no especifica, que explicaba la teoría del naturalista francés:

La diferencia entre animales silvestres y los mismos domesticados, las alteraciones que diariamente vemos en el círculo zoológico á nuestro alcance son suficiente prueba de que los animales que existen hoy no son sino variantes de fáunas preexistentes «que despues de haber producido (Lanmark [sic]) por una série infinita de edades seres semejantes suyos, al cabo habian sufrido variaciones graduales por influencia de las alteraciones del clima y del mundo animado que les obligaron á adaptarse á estas singulares circunstancias.» (Calcagno, 1875: 104).

A lo largo de la obra aparecen otras ideas cercanas a la teoría evolucionista de Lamarck, como la existencia de una tendencia de los organismos hacia la complejidad que aparece en diversas ocasiones: «Marchamos á un perfeccionamiento todos, de un modo lento é insensible pero cierto, la tierra, la yerba, los seres inanimados, el hombre...» (Calcagno, 1875, p. 84). Rechaza, en cambio, otro elemento clave del transformismo de Lamarck, la generación espontánea (Calcagno, 1875: 102).

Pero en esta obra no se refiere en ningún momento a los grandes defensores coetáneos del evolucionismo, Darwin y Haeckel, cuyas ideas en estos años ya empezaban a debatirse en determinados círculos cubanos, singularmente a partir del discurso que Francisco Frías y Jacott pronunció en 1868, al que ya nos hemos referido. Cerca del final de la obra se refiere específicamente al posible origen evolutivo del hombre, pero afirmando que debería existir la mano de Dios en el proceso que conduciría hasta el hombre que sería su «óptima obra». Añade que este procedimiento usado por Dios para originar al hombre no parecería «menos grande» que la creación directa:

No olvidarémos en tanto que aun siendo el origen de la raza humana tal como algunos geólogos modernos quieren suponerlo, no dejara por eso de ser el hombre la óptima obra de Dios sobre la Tierra; así como no aparece ménos grande pero si más lógico ese Dios al crear las cosas por medio de lentos procedimientos mecánicos. Siempre en la facultad de progresar y perfeccionarse los seres está su omnipotente soplo germinal tan admirable y sublime como si todo lo creara por efectos instantáneos de su voluntad (Calcagno, 1875: 105).

Este texto ciertamente recuerda el último párrafo del *Origin of species*, que quizás Calcagno ya había tenido la oportunidad de leer, y que ha sido interpretado de diversas maneras. En el texto podemos ver claramente que Calcagno consideraba a Dios como motor primero de la naturaleza.

La Historia de un muerto tendría una segunda edición que se publicaría en Barcelona en 1898, cuando Calcagno ya residía en esta ciudad donde moriría cinco años más tarde. En esta nueva edición aparecen numerosos cambios respecto a la primera, empezando por la segunda parte del título que ahora sería: *Historia de un muerto. Meditación sobre las ruinas de un hombre*. En esta segunda edición se refiere mucho más ampliamente a la teoría de la evolución, citando en numerosas ocasiones a Darwin y en una a Lamarck, en este caso con la misma curiosa grafía que la de la primera edición (García González, 2018).

Lamarck en los debates sobre el evolucionismo en la *Revista de Cuba*, de 1877 a 1880

En los años que trascurrieron entre 1877 y 1880, finalizó la Guerra de los Diez Años con el Pacto del Zanjón en 1878. Tras el Pacto y con la constitución liberal española de 1876, por primera vez, y aunque de una forma limitada, los cubanos accedían a muchos derechos y libertades que caracterizan al estado liberal, como la libertad de prensa y de asociación, que fueron aprovechadas por los científicos (Funes, 2004: 296), además de tener representación parlamentaria (García Mora, 2009: 307). Todo ello hizo que una buena parte de las clases medias y profesionales criollos, algunos procedentes de las filas independentistas, se organizaran en el partido Liberal Autonomista, aspirando a tener una nueva relación con la metrópoli más igualitaria y respetuosa con la población cubana.

En enero de 1877 apareció el primer número de la *Revista de Cuba*, cuando estaba cerca el final de la Guerra de los Diez Años y se iniciaba un período de reconstrucción y modernización en la isla. La nueva revista pronto se convirtió en un foro de gran importancia para la introducción del darwinismo, pero donde también estuvo presente Lamarck, y se hizo eco de la publicación en España de la primera traducción completa al castellano del *Origen de las especies* de Darwin poco después de su aparición, precisando además donde podía comprarse en la isla (*Revista de Cuba*, II: 95). Como se trataba de la traducción de la sexta edición, contenía la noticia histórica donde Darwin incluía un cierto reconocimiento a Lamarck.

En uno de los primeros números encontramos una carta al director escrita por Enrique José Varona, uno de los más destacados positivistas cubanos. En la carta con fecha 5 de marzo de 1877 (Varona: 301-304), defendía la generación espontánea que a su parecer se había impugnado de forma rotunda en un breve texto sobre biología, incluido en una miscelánea de informaciones de diversas áreas científicas (*Revista de Cuba*, I: 96). Varona no se refiere explícitamente a que Lamarck incluyó la generación espontánea en su modelo evolucionista, pero da a entender que su defensa sería consustancial con el modelo evolucionista de Darwin y Haeckel (Puig-Samper & Pelayo, 1989: 424).

Cabe recordar que en estos años se estaba desarrollando un importante debate en torno a la generación espontánea, que tenía el trasfondo del evolucionismo (Stirck, 2000), en el que Darwin no quiso intervenir públicamente, pero a través de su correspondencia conocemos que aceptaba la existencia de dicha forma de generación (Peretó & et al., 2009).

En la carta Varona cita la obra *Origen del hombre según la teoría descensional* de Roberto Abendroth, traducida por Pompeyo Gener y publicada en Barcelona en 1874. Se trata de uno de los primeros libros de contenido darwinista aparecidos en España (Camós, 2010: 134-135), que veremos que también fue citado por otros autores cubanos. En el texto Varona se referiría a la «teoría descensional de Darwin», quizás influido por este texto de Abendroth (Varona, 1877: 304).

Dos años más tarde Varona se refirió explícitamente a Lamarck en un discurso que pronunció el 26 de mayo de 1879 en el Liceo de Guanabacoa, que llevaba por título «La evolución psicológica», y que se reprodujo en la *Revista de Cuba* de julio de 1879. Después de aludir a una ciencia de los orígenes que se referiría a la teoría evolutiva, sitúa a Lamarck al lado de algunos de los más grandes científicos y pensadores de la historia:

Con Kant y Laplace nos hace asistir á la génesis del mundo solar, con Lyell á la génesis del globo terráqueo, con Lamarck, Darwin y Haeckel á la génesis y transformacion de los organismos inúmeros que lo pueblan (Varona, 1879: 21).

Diferente caso fue el del médico de la armada nacido en La Rioja, Serafín Gallardo y Alcalde, que viajó por distintos lugares de América, se instaló en Cuba en los años setenta,

donde fue profesor de distintas asignaturas de medicina, y regresó a la península en 1880, donde murió. La única referencia a los notables estudios meteorológicos de Lamarck que hemos localizado en Cuba se debe a él, en un artículo sobre las trombas observadas en las costas de Cuba, donde incluye al naturalista francés entre los autores que atribuían las trombas al choque de vientos contrarios (Gallardo, 1870: 177).

Más trascendencia tuvo su lección inaugural del curso académico 1877-1878 en la Universidad Literaria de La Habana. Su discurso constituye un ataque frontal al materialismo haciendo afirmaciones como «la ciencia no es ni puede ser atea» (Gallardo, 1877: 66), o refiriéndose también a la ciencia:

... la mayor parte de los que la cultivamos sabemos que la fé es su complemento indispensable: que allí donde la ciencia no alcanza, la fé, que es la esencia de las almas, llega; (Gallardo, 1877: 67).

Dedicó buena parte del discurso a atacar la teoría evolucionista, mostrando un notable conocimiento de la misma y de los autores contemporáneos que la defendían como Darwin, Huxley, Spencer o Haeckel. No se olvidó de Lamarck, a quien cita en cinco ocasiones, negando de nuevo su materialismo tal como hemos visto que ya había hecho Felipe Poey años antes. Podemos comprobarlo en el siguiente párrafo, en el que Gallardo acusa a los científicos evolucionistas de censurar a Lamarck, Erasmus Darwin y Owen:

Esta doctrina, sin aquella creencia que tenían Erasmus Darwin, Lamarck, y Owen, pero que les censuran sus sucesores, es la espada que corta el lazo de unión que entre los hombres aun existe (Gallardo, 1877: 50).

Un ataque al evolucionismo y al materialismo desde una tribuna tan importante no pasó desapercibido en las páginas de la *Revista de Cuba*, por lo que el médico cubano Agustín W. Reyes publicó un artículo respondiendo a la oración inaugural de Gallardo, con el título «La ciencia y sus derechos». A pesar del matiz que hemos apuntado que hace Gallardo al referirse a Lamarck, Reyes lo incluye entre los que en la oración sufren un castigo infame:

Y vayan á las gemonias desde Galileo hasta Claudio Bernard, pero con especial recomendacion de no olvidar ni á Lamarck ni á Darwin, á Haeckel ni á Herbert Spencer, á quienes hace el Dr. Gallardo más directamente objeto de sus sospechas y de sus acusaciones (Reyes, 1877: 435).

Y un poco más adelante, cuando se refiere a los más eminentes representantes de la ciencia injustamente acusados por Gallardo, incluye en primer lugar a Lamarck:

Increíble parece que tan aventuradas acusaciones contra la ciencia y sus representantes más eminentes, solo estén basadas en sospechas que nada justifican, ó en simples presunciones, que tan poco valor tienen en otro terreno, pues no es justo condenar al reo solo por *presunciones*. ¡Y de qué acusados se trata en estos momentos! De la ciencia y de sus más ilustres adeptos; de los Lamarck, los Darwin, los Haeckel etc. (Reyes, 1877: 440).

Al año siguiente se publicó en la *Revista de Cuba* el discurso de Haeckel en el congreso de naturalistas alemanes en Múnich, con el título «La evolución explicada por Haeckel [sic]». Haeckel siempre mostró un gran respeto por la obra de Lamarck, y después de referirse a la solidez biológica que le había dado Darwin a la teoría, se refiere a las dificultades de las teorías evolutivas defendidas a principios del siglo XIX por otros autores:

En vano la habia defendido la antigua ciencia; ni Lamarck y Geoffroy-Saint-Hilaire en Francia, ni Oken y Schelling en Alemania, consiguieron hacerla triunfar (Haeckel, 1878: 53).

En el número de marzo de 1878, Varona publicó una amplia discusión del libro *Le positivisme*, escrito por Andrés Poey, hijo de Felipe Poey, discípulo ortodoxo de Comte, que defendió su sistema en toda su integridad frente a Littré (Agramonte, 1947). En la discusión Varona se refiere en diversas ocasiones a la evolución en términos generales, pero sin citar a Lamarck (Varona, 1878). Sin embargo, Andrés Poey, quien tenía una buena formación en meteorología, zoología y botánica, en su libro sí que se refirió en diversas ocasiones a Lamarck de forma elogiosa, en algunas de ellas destacándolo como fundador del evolucionismo:

La révolution zoologique, initiée en 1809 par Lamarck, vaguement précédée par Wolff en 1759, préparée et secondée par le grand poète Goethe, et soutenue par Étienne Geoffroy-Saint-Hilaire, a pris, à partir de 1859, des proportions colossales sous l'impulsion systématique de Charles Darwin, en Angleterre, et d'Ernest Haeckel, en Allemagne (Poey Andrés, 1876: 261).

Y más adelante:

En résumé, la théorie généalogique de la descendance fondée par Lamarck, et la théorie de la sélection ou du choix naturel (*selectio naturalis*), fondée par Darwin, doivent être envisagées comme une branche de la grande doctrine de l'évolution universelle et naturelle que le Positiviste développe et systématise (Poey Andrés, 1876: 304-305).

Aunque la obra de Andrés Poey se publicó en Francia, donde residiría muchos años y moriría en 1919, debió tener una notable difusión en Cuba dado el prestigio del autor.

Este mismo año aparecieron otras referencias al naturalista francés. En el número de septiembre, el médico Esteban Borrero publicó el artículo «Las plantas carnívoras», en el que hacía un resumen de los trabajos de diversos autores sobre este tipo de vegetales, entre los que destacaban Joseph Hooker y Charles Darwin. Al tratar de aventurar una hipótesis que permitiera comprender como una hoja de una planta en determinadas condiciones puede transformarse en una trampa de insectos, a partir de los cuales la planta podría obtener nitrógeno, afirma:

¿Por qué no tendria su aplicacion aquí aquella ley de Lamark [sic] que dice: «La produccion de un órgano nuevo resulta de un estímulo que continúa haciéndose sentir y de un nuevo movimiento por ese estímulo provocado y mantenido?» (Borrero, 1878: 238).

Sugiere abiertamente una explicación lamarckista de la transformación de la hoja, lo que le situaría como uno de sus seguidores (Puig-Samper & Pelayo, 1989: 432). Poco después el autor en una nota alude a la «Primera version española del “Resúmen de los trabajos de Darwin y Calm sobre las Plantas Carnívoras”, por J. E. Planchon. Barcelona 1876». En realidad, se refiere al capítulo del libro *Los prodigios de las plantas* que llevaba por título «Las plantas carnívoras» y como subtítulo el señalado por Borrero. Lo había publicado la Imprenta de la Renaixensa en la colección «La Ciencia Moderna», en la que poco antes había aparecido la primera traducción al castellano de una obra de Darwin, el *Origen del hombre*.

En el mismo número de septiembre encontramos un artículo titulado «Haeckel y el origen del hombre» escrito por Enrique F. Veciana, quien se referiría a Lamarck en términos elogiosos:

El gran naturalista Lamarck, cuyas doctrinas sobre el origen del reino animal no alcanzaron el poder erigirse en sistema hasta que Darwin vino á sacarlas del olvido en que estaban despues de medio siglo (Veciana, 1878: 297).

En el número de octubre del mismo año, se recoge en la revista el discurso que pronunció Luís Montané Dardé el 7 de octubre de 1878 en la Sociedad Antropológica de Cuba, donde ejercía de secretario. Montané fue un destacado médico y antropólogo cubano que al igual que otros autores que hemos mencionado, residió en Francia desde muy pequeño, donde estudió medicina y fue miembro de la Société d'Anthropologie de París, y regresó a Cuba a los 25 años. En el discurso que llevaba por título «El reino humano», que también fue publicado en el *Boletín de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, Montané refuta la existencia de dicho reino. A lo largo del discurso cita en varias ocasiones a Paul Broca, y en una de ellas pone de manifiesto que antes que Darwin Lamarck ya había propuesto que el hombre había evolucionado a partir de los simios:

Lamarck, adelantándose hasta no ver en el hombre más que un mono perfeccionado, echa las primeras bases de la teoría desarrollada en nuestros días por Darwin (Montané, 1878: 339, cit. por García & Pruna 1987: 210).

Al año siguiente, en los números de abril y mayo, la revista recoge en dos entregas el discurso leído en el Liceo Artístico y Literario de Guanaboca por el médico positivista cubano Antonio Mestre Domínguez, quien ya hemos visto que había cuestionado la memoria de Letamendi. Mestre, nacido en La Habana, inició sus estudios de medicina en esta ciudad, pero también los completó en Francia donde se doctoró. Residió en este país en los años cincuenta y volvió a Cuba a principio de los años sesenta.

En el discurso «Origen natural del hombre», desarrollaría una de las más claras exposiciones de la teoría de la evolución realizadas hasta la fecha en Cuba, en la que reconocía a Lamarck un destacado papel. En un apartado del discurso que tituló «Breve exposicion del Darwinismo», afirma que «el verdadero precursor, tanto de la evolución geológica como de la biología es Lamarck» (Mestre, 1879: 425-426). A continuación, mostrando tener un notable conocimiento de la obra de Lamarck, reprodujo un párrafo de la *Philosophie zoologique* traducido al castellano que se encuentra en una sección que dedicó a las especies perdidas, donde exponía su oposición al catastrofismo y su defensa de los lentos procesos de transformación a lo largo de un tiempo muy dilatado (Lamarck, 1809, I: 80-81):

El habia dicho en su Filosofía zoológica: «Si se considera, por una parte, que en todo lo que es obra de la naturaleza, nada hace ésta bruscamente y siempre opera con lentitud y por grados sucesivos; y por otra, que las causas particulares ó locales de los desórdenes y de los trastornos pueden dar razon de todo lo que se observa en la superficie de nuestro globo, y están sin embargo sujetas á sus leyes y á su marcha general, se reconocerá que no es absolutamente necesario suponer que una catástrofe universal haya venido á voltear y á destruir una gran parte de las operaciones mismas de la naturaleza.»

Seguidamente realizó una breve exposición del evolucionismo de Lamarck y algunos de los hechos que la justificaban:

Lamarck habia negado resueltamente la fijeza de los tipos orgánicos y proclamado el cambio continuo é indefinido como una ley natural, estableciendo la doctrina de la evolucion progresiva de los seres y explicando así un gran número de hechos de la mayor importancia: la adaptacion de las especies al medio en que viven, la complicacion creciente de los organismos que se han desarrollado de época en época, la existencia de los órganos inútiles y de los rudimentos de órganos, de los animales incompletos, de las especies dichas anómalas ó paradójicas; en fin la formacion, la evolucion y la disposicion de la serie orgánica (Mestre, 1879: 426).

Es interesante constatar que después de esta explicación añade una observación sobre la teoría de la evolución de Darwin que en algunas ocasiones se olvida, cuando se refiere a que el naturalista inglés apoyaba «la transmisión hereditaria de los cambios individuales». Aunque este es un dato totalmente conocido entre los historiadores de la ciencia, todavía en muchos medios de divulgación científica que podemos consultar en Internet o incluso en algunos libros de texto, se expone erróneamente que la gran diferencia entre la teoría de la evolución de Lamarck y de Darwin residiría en que el primero defendió la herencia de los caracteres adquiridos, mientras que el segundo no lo hizo. Más adelante, Mestre señala claramente la diferencia más destacada entre el modelo evolutivo de Lamarck y el de Darwin:

Y la doctrina de Darwin no es otra cosa, en breves términos, que la selección natural, mediante la lucha por la vida, aplicada al transformismo. —El transformismo es de Lamarck; pero la selección, que es como su piedra angular, corresponde a Darwin (Mestre, 1879: 433).

En la segunda entrega del discurso «Origen natural del hombre», Mestre vuelve a indicar que mientras Lamarck solo señalaba la influencia de las circunstancias como el origen del proceso evolutivo, Darwin añadía la selección natural:

... los organismos más complicados han salido de otros que lo son menos, hasta llegar al hombre que emana de algún antropeoide análogo a los grandes monos. Los agentes de ese desarrollo son la influencia de las circunstancias y del género de vida, única que reconociera Lamarck, y luego para Darwin la selección que resulta de la lucha por la existencia... (Mestre, 1879: 519).

Expone en esta segunda entrega algunas observaciones científicas que sustentarían la teoría de la evolución, haciendo mención de las reflexiones de Felipe Poey sobre los peces ciegos de las cuevas de Alquizar a las que ya nos hemos referido (Mestre, 1879: 515), por tanto, apoyándose en observaciones de un naturalista cubano.

En el último apartado, que tituló «Apreciaciones finales», reitera una idea que ya hemos visto reflejada en otros autores: que Lamarck y Darwin defendían la existencia de un poder sobrenatural, de la intervención en algún momento de un creador. Lo hizo primero de forma reiterada en el caso del naturalista inglés, para finalmente referirse también al naturalista francés. En primer lugar, con respecto al origen de la vida afirma: «Lamarck y Darwin han pensado que en el origen no ha habido más que una sola sustancia viva, indeterminada, creación espontánea para el primero y sobrenatural para el segundo» (Mestre, 1879: 518). Reitera el papel que, a su parecer, Darwin otorgaba a Dios un poco más adelante al referirse al origen del hombre, «Darwin considera a los primeros representantes de la humanidad como una hechura del Creador, mientras que Lamarck y Haeckel invocan la gene-

racion espontánea» (Mestre, 1879: 520). Y ya casi al final del discurso niega el ateísmo tanto de Darwin como de Lamarck, «Acusar de ateísmo á los transformistas, es simplemente demostrar que no se han leído las obras de Lamarck y de Darwin» (Mestre, 1879: 527).

Cabe destacar que la mayoría de las obras evolucionistas que citó estaban en francés, fueran de autores franceses o traducciones. En castellano solo se refirió a las traducciones de obras de Darwin, Haeckel y Büchner (Mestre, 1879: 433), y como Varona, al *Origen del hombre según la teoría descendencial* (Mestre, 1879: 528).

En la misma línea encontramos al médico positivista José Francisco Arango, que fue miembro de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, en un discurso que llevaba el mismo título que el de Mestre, «Origen natural del hombre», que también leyó en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, y que se publicó en el número de agosto de 1879 de la *Revista de Cuba*. Arango, tras hacer una ardua defensa del positivismo, se mostró respetuoso con la teoría de Darwin, aunque no convencido. Después de referirse a que el naturalista inglés había dado nuevas armas al transformismo de Lamarck a través del «combate por la vida y la selección, muy especialmente esta última, de carácter experimental», se refiere a la teoría de Darwin afirmando:

De ella se apoderaron ávidamente todo género de espíritus antiteológicos sin observar que el mismo Darwin hace intervenir una influencia divina en el origen de la vida, separándose en esto de Lamarck, defensor de la generacion espontánea [sic] (Arango, 1879: 144).

Arango también situaba a Darwin entre los defensores del papel del Creador, separándolo en este caso de Lamarck. Más adelante vuelve a mostrar un gran distanciamiento del naturalista francés al tratar sobre la relación del organismo con el medio y su propensión al equilibrio, afirmando que su modelo conducía a la destrucción de la vida: «tendiendo la suposición de Lamarck, la variabilidad indefinida de las especies, á romper este equilibrio, destruye la vida» (Arango, 1879: 146).

No niega la posibilidad de conocer el origen de las especies, pero muestra escepticismo respecto a la teoría de la evolución, argumentando que todavía no se habían aportado suficientes pruebas. Arango, que se definía como positivista, recordó que Comte se había mostrado contrario a las ideas de Lamarck como ya hemos visto que había hecho Felipe Poey años antes:

... responderemos á los sostenedores aquí del darwinismo lo que A. Comte habia contestado á Lamark [sic], lo que Littré y Robín han declarado á Darwin y Haeckel: «no nos habéis convencido; quizás lo conseguiréis con pruebas más serias.» (Arango, 1879: 146).

Esteban Borrero, de quien ya hemos hablado, también se referiría al naturalista francés en otro artículo que llevaba el título «La vieja ortodoxia y la ciencia moderna». Borrero re-

bate las tesis del poeta y periodista conservador Antonio Vinageras, que las habría manifestado en una reunión interna de la sección de literatura del Liceo de Guanabacoa en la que también habrían participado Cortina, Veciana y el propio Borrero (Pruna & García, 1989: 91-92). Cabe recordar que Vinageras también mantuvo agrios enfrentamientos con Felipe Poey (1999: 118-161). Acusa a Vinageras de querer resucitar «doctrinas muertas ha largo tiempo» (Borrero, 1879: 288), invitándolo a recorrer el camino seguido por la humanidad para revelar los secretos de la naturaleza a través de la ciencia, situando a Lamarck entre algunos de los más grandes sabios investigadores de la historia:

... yo creo en la revelacion: en esa revelacion que hace la naturaleza á los oidos del sábio, que la tortura hasta arrancarle su secreto, yo creo en esa revelacion que hace la naturaleza al hombre que investiga, yo creo en esa revelacion que hace la naturaleza á los Newton, á los Lamark [sic], á los Goethe á los Victor Hugo (Borrero, 1879: 290).

Este mismo autor leyó un discurso en el Ateneo de La Habana el 15 de noviembre de 1879, que fue reproducido con el título «Consideraciones sobre la evolucion é influencia social de los estudios antropológicos», en el volumen de enero del año siguiente de la *Revista de Cuba*. En él hace un poco de historia del desarrollo de los conocimientos antropológicos, señalando el inicio de la verdadera ciencia antropológica en la formulación de la teoría de la evolución:

Esta última evolucion ha tenido lugar casi á nuestra vista: la comenzaron en lo antiguo los Demócritos, Lucrecio y Averroes y se ha completado merced á los esfuerzos de los Buffon, Lamark [sic], de los Geoffroy St. Hilaire y lo Darwin (Borrero, 1880: 55).

En 1879 encontramos otra referencia a Lamarck que apareció en la revista, en un artículo sobre el hombre terciario que firmaba José Rafael Montalvo Covarrubias. Montalvo estudió medicina en la Universidad de La Habana y oftalmología en París, y fue uno de los fundadores de la sociedad antropológica de Cuba. La revista reprodujo el discurso leído por Montalvo en la sociedad antropológica el 7 de octubre de 1879, que llevaba por título «El hombre terciario». En el discurso afirma el médico cubano:

Los partidarios de las ideas transformistas iniciadas por Lamark [sic], desarrolladas por Darwin y con vehemencia defendidas por Haeckel [sic], quizás comienzan á encontrar ahora la solucion del problema relativo al origen símico del hombre (Montalvo, 1879: 477, cit. por Pruna & García, 1989: 103).

En 1880 apareció en la *Revista de Cuba* un interesante artículo del destacado paleontólogo estadounidense Othniel Charles Marsh, «La Paleontología su historia y sus métodos»,

presentado en el Congreso de Saratoga de la Asociación Americana para el Adelanto de las Ciencias y traducido al castellano. La cercanía de Estados Unidos, que fue refugio de numerosos exiliados cubanos a lo largo del siglo XIX, así como el creciente interés de este país por Cuba, también se manifestó en la ciencia. Así, por ejemplo, Felipe Poey mantuvo una extensa correspondencia con científicos nacidos o residentes en Estados Unidos, como Louis Agassiz y Spencer Baird, Rafael Arango colaboró con la Academia de ciencias de Filadelfia, o Juan Vilaró fue socio de la American Ornithologists Union de Nueva York. La publicación de este artículo es una muestra de este acercamiento de la ciencia estadounidense a la ciencia cubana.

En el artículo, Marsh destaca a Lamarck como uno de los fundadores de la paleontología:

A los principios de este período vemos descollar tres grandes nombres sobre todos los demás: son los de Cuvier, Lamarck y William Smith, los verdaderos fundadores de la paleontología. Cuvier y Lamarck tenían en Francia toda la influencia que pueden dar el talento, la educación y una elevada posición (...) Cuvier fundó los cimientos de la paleontología de los animales vertebrados, Lamarck la de los invertebrados (Marsh, 1880: 141).

Tras exponer los principales planteamientos de Cuvier, hace una precisa explicación de los distintos trabajos de Lamarck en zoología, sistemática y paleontología, destacando sus principales obras y su papel pionero en el desarrollo de la teoría de la evolución:

Jean Lamarck, el colega de Cuvier, fue un botánico eminente antes de llegar a ser un zoólogo. Sus investigaciones sobre los fósiles invertebrados de la cuenca de París, aunque menos brillantes que las de Cuvier sobre los vertebrados, no son menos importantes; y sus conclusiones son las que forman la base de la moderna biología. Como Cuvier, procedió Lamarck por la comparación directa de los fósiles con las especies actualmente existentes, y pudo por este método reconocer que las conchas fósiles de las capas inferiores de la cuenca de París pertenecen, en su mayor parte, a especies extinguidas, y que las de las distintas capas son muy diferentes entre sí. Los trabajos de Lamarck produjeron una revolución completa en la conchiliología. Su *Sistema de los Animales Invertebrados*, 1801, y su famosa *Filosofía Zoológica* son las primeras obras en las que se encuentran los principios de la evolución. Algunos años después, en su *Historia Natural de los Animales sin Vértebras*, 1815-1822, expuso Lamarck su teoría detallada, y con asombro leemos esas páginas donde se adelantó hasta la ciencia moderna. Sus ideas, que Geoffroy Saint-Hilaire apoyó con todo el prestigio de su genio, fueron encarnizadamente atacadas por Cuvier, y si los contemporáneos de aquellos dos grandes naturalistas no sabían qué partido tomar entre ambos, nosotros podemos decir hoy que el tiempo ha dado la razón a Lamarck, y que este último dió pruebas de un espíritu más filosófico que su rival:—Cu-

vier afirmaba la inmutabilidad de las especies, y Lamarck, adelantándose á su época en medio siglo, sostenía la variabilidad (Marsh, 1880: 142-143).

Cabe resaltar la relación que Marsh establece entre las investigaciones de Lamarck sobre los fósiles de invertebrados y el desarrollo de su teoría de la evolución, una relación olvidada durante muchos decenios, pero que distintos historiadores de la ciencia han vuelto a poner de relieve (Laurent, 1987: 332-353). Más adelante se refiere a que los descubrimientos paleontológicos realizados por Cuvier, Lamarck y Smith no pudieron ser convenientemente valorados por sus contemporáneos, que no consiguieron entender su significación (Marsh, 1880: 146).

Este mismo año podemos leer en la misma revista el artículo «La adaptación» de José Varela Zequeira, que reproducía un discurso leído en la sociedad antropológica. Después de abordar el tema de la antropología como disciplina científica, centró su artículo en la adaptación del hombre blanco al clima tropical, un tema que preocupaba especialmente en dicha sociedad, como expuso su presidente Felipe Poey en su discurso como presidente (Funes, 2004: 102). Casi al final del artículo señala un punto de concurrencia entre las ideas de Lamarck y Darwin:

La herencia, obrando de consuno con el ejercicio ó desuso de las partes, explica estas y otras infinitas modificaciones de estructura. (...) Hasta aquí, la hipótesis de Lamarck concuerda con el darwinismo (Varela, 1880: 303).

Es decir, que Varela sigue los mismos criterios que había manifestado Mestre el año anterior en la misma revista, para diferenciar las teorías evolucionistas de Lamarck y de Darwin. En el texto se citan dos obras publicadas en la península a las que ya nos hemos referido: la traducción del *Origen de las especies* y la que también habían citado Varona y Mestre, el *Origen del hombre según la teoría descendental*. Y como Varona, al referirse a la teoría de la evolución también utilizaba los términos «teoría descendental».

De los ochenta al final del siglo

En la metrópoli, los distintos gobiernos de la Restauración impusieron la dilación en los proyectos urgentes que necesitaba Cuba. Así, aunque la ley de la abolición de la esclavitud se firmó en 1880, no se completó hasta 1886, y la primera transformación política de envergadura, la reforma Maura, se intentó en 1893, pero la autonomía no llegó hasta 1897 (García Mora, 2009: 310). Estas enormes resistencias al cambio tanto de sectores españolistas de la isla de Cuba como de influyentes poderes radicados en la península condujeron a que cada vez más sectores sociales cubanos se fueran decantando por el independentismo y estallara en 1895 la fase final del proceso, la Guerra Necesaria, que concluiría primero con la ocupación de la isla por los Estados Unidos en 1898 y la independencia definitiva en 1902.

En 1880 Felipe Poey, en el discurso pronunciado en la Universidad con motivo del doctorado de Antonio de Gordon y de Acosta, afirmaba:

... la evolución ilustrada en este siglo por Lamarck y corroborada por Darwin; evolución paleontológica, que en el resultado, cuando no en el modo literalmente interpretado, guarda una notable conformidad con el libro de Moisés (Poey, 1888: 89).

Como podemos comprobar, Poey en este texto se mostraba convencido de la evolución reconociendo el destacado papel de Lamarck y seguía insistiendo en hacer compatible el evolucionismo con el cristianismo tal como hemos visto que también hacían otros autores cubanos.

En 1882 encontramos el reconocimiento de Lamarck como el verdadero fundador de la teoría de la evolución por parte de José Martí, uno de los más destacados intelectuales cubanos del siglo XIX. Martí fue un gran admirador de Darwin y de su teoría de la evolución, pero manteniendo reservas especialmente en lo que se refería al hombre, sus emociones y su conciencia (García González, 1999: 396). También defendía que el pensamiento evolucionista existía antes de Darwin, aportando en ocasiones algunos datos «de forma exagerada e inexacta sin duda» (García González, 1999: 381). Lo podemos comprobar en un artículo que publicó en *La Opinión Nacional* del 4 de mayo de 1882, en el que se refería a las palabras pronunciadas en una conferencia de un notable naturalista que no identificó, donde además de reconocer que eran de admirar las teorías de Darwin, afirmaba que no era un «ciego partidario del sistema»:

El verdadero fundador de la teoría de la evolución ha sido el célebre naturalista francés Lamarck a principios de este siglo. Geoffroy Saint-Hilaire, Oken, Haeckel, Vogt, Huxley, Hootter [sic] y otros filósofos eminentes han llamado de nuevo la atención de los sabios sobre ella y sostienen que los diferentes reinos de la naturaleza tienen un mismo origen, descienden de un organismo primitivo. Estas son las doctrinas que se llaman hoy de Darwin; no se pueden menos de admirar en ellas aunque no se sea ciego partidario del sistema, una idea sublime, un esfuerzo heroico para explicar los fenómenos de la vida orgánica que han sido hasta ahora considerados incomprensibles. (Martí, 1975, vol. 23: 187-188).

Cerca del final del decenio, Felipe Poey, en una recopilación de su obra literaria publicada en 1888, hace algunas rectificaciones de artículos publicados años antes, que clarifican su posicionamiento en el último tramo de su vida. Uno de los que rectifica lleva por título «El hombre intelectual y moral comparado con el bruto», que según afirma había compuesto hacía muchos años, para incorporar una visión evolucionista que le haría admitir que los brutos tendrían actos intelectuales y morales, y en el que cita a Lamarck como una de las fuentes de inspiración:

El siguiente artículo, compuesto hace muchos años, se reproduce hoy corregido y ampliado; pero conservando cierta exageración, debida á la escuela de Cuvier, Flourens, Quatrefages, trocadas actualmente por las de Lamarck, Darwin, Huxley y otros eminentes pensadores, con los cuales concedo á los brutos los actos intelectuales y morales del hombre, aunque en grados inferiores... (Poey, 1888: 93).

También corrige el artículo «La divinidad», y en él reitera su visión de un evolucionismo deísta, argumentando otra vez que Lamarck también la defendió y que otros grandes evolucionistas no se habían pronunciado. En una nota a pie de página escribe:

(*) Este artículo sobre la Divinidad fué escrito en 1856. Algunos años más tarde, en vista de las doctrinas de Lamarck, Comte, Darwin y Spencer, le hubiera dado otra forma y otra significación. Ninguno de estos grandes pensadores ha negado la causa primera: Lamarck la afirma con nombre de Dios; Comte y Darwin no se ocupan; Spencer la deja en los campos ilimitados de lo incognoscible. – *Nota del autor*. (Poey, 1888: 8).

Sin embargo, parece que Poey al final de su vida se alejó completamente de la iglesia católica, negándose incluso a recibir la asistencia de algún sacerdote en el lecho de muerte, y declarándose materialista y ateo. Esto se deduciría del borrador de una carta que habría escrito a los 90 años y que habría sido localizada en 1926 por Federico Córdova, abogado y miembro de la Academia de Historia de Cuba, y publicada por el abogado Francisco González del Valle, miembro también de la Academia de Historia (González del Valle, 1926: 30). La habría dirigido a su hijo Federico Poey, para que la entregara en su momento a su sobrina Serafina Alonso Poey y a su esposo Joaquín Guell Renté, en cuya casa vivía entonces. Rosa María González aporta algunos interesantes datos que apoyarían esta tesis (1999: 18-28).

El escritor Francisco Calcagno, al que ya nos hemos referido, fue alumno y un gran admirador del trabajo científico de Felipe Poey. Se casó en segundas nupcias con la hija de este, Virginia, y fue testimonio de su muerte en el domicilio que compartían. Como hemos visto, Calcagno ya había puesto de manifiesto tener un cierto conocimiento de la teoría de la evolución en su libro *Historia de un muerto*, pero su ingreso en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en el mismo año de su creación, 1877, cuando era presidente Felipe Poey, hizo que ampliara notablemente allí sus conocimientos sobre el evolucionismo, hasta el punto de dar una primera disertación en la sociedad sobre el origen del hombre y el bipedismo, el 29 de mayo de 1888 (Rivero, 1966: 20).

Pocos días después viajaría a Barcelona, donde publicaría su novela de mayor contenido evolucionista con el significativo título: *En busca del eslabón. Historia de monos*. Algunos periódicos barceloneses recogieron su llegada a la ciudad explicando que venía a visitar la Exposición Universal, pero de una forma más enigmática *El Noticiero Universal* del 29 de junio de 1888, en sus «Noticias locales», indicaba que traía «el propósito de publicar en

Barcelona una obra ilustrada que versa sobre uno de los problemas modernos más interesantes». Debería tratarse de *En busca del eslabón*, que por razones que desconocemos no se imprimió en Cuba.

La obra se publicaría en la imprenta de Salvador Manero, que acostumbraba a editar obras de compañeros de militancia masónica y política (Fernández, 2005: 133). Calcagno Murió y fue enterrado en Barcelona en 1903, pero en 1953 su cadáver fue exhumado y trasladado a Cuba (Nieto, 1955: 159-162), y su destino definitivo sería el cementerio de Güines, en un panteón que lleva su nombre perteneciente a la Orden Caballeros de la Luz. Aunque esta orden no pueda catalogarse como una organización estrictamente masónica, sí que podría considerarse como filomasónica en cuanto recoge numerosos rasgos consustanciales a la masonería (Hernández, 1993: 401). Estos datos nos sugieren alguna vinculación de Calcagno con el mundo masónico.

En busca del eslabón es una novela de aventuras al estilo de las de Julio Verne, que parece tomar como modelo, en la que narra las peripecias de una expedición que trata de buscar el eslabón perdido en un barco que lleva el nombre de *Antropoide*, que se dirige desde Norteamérica al Brasil; después, a África, y por último, a extremo Oriente, sobre la que Armando García González publicó un riguroso y detallado estudio en el año 2002. No se trata, por tanto, de una novela en la que aparece algún personaje que introduce planteamientos evolucionistas, sino que toda la novela está orientada por el objetivo evolucionista de encontrar el eslabón perdido entre el hombre y el mono, y durante la expedición se van produciendo numerosos debates acerca del evolucionismo.

A lo largo del relato encontramos numerosas reflexiones científicas con muchas referencias a diversos naturalistas, particularmente a Darwin, pero también se refiere hasta en ocho ocasiones a Lamarck, incluso de forma indirecta a su *Philosophie zoologique*, al indicar que la teoría de la evolución fue «anunciada el año 9 por Lamarck [sic]» (Calcagno, 1888: 10). En medio de una serie de debates entre distintos personajes, encontramos las siguientes afirmaciones en boca del capitán de la expedición, en las que defiende el evolucionismo:

«..., no debemos dudar que en siglos el mono se hiciera hombre; que la teoría Lamarck [sic] – Darwin, no incompatible con ningún hecho biológico conocido, se acerca tanto á la realidad, como puede la hipótesis de Copérnico acercarse á la verdadera noción de los movimientos celestes (Calcagno, 1888: 29).

Y añade un poco más adelante:

Creamos en el transformismo ó caeremos en aquel error antropocéntrico, que llamó Haeckel, destruido por Lamarck [sic], Goethe, Darwin, Lyell, como el error geocéntrico, que suponía la tierra en el centro, fué destruido por Copérnico, Galileo, Newton y Kepler. (Calcagno, 1888: 30).

Uno de los protagonistas de la expedición señala al naturalista francés como uno de los más grandes hombres de la historia, «... Lamarck [sic], Haeckel y Darwin, son los hombres más grandes que ha producido la humanidad» (Calcagno, 1888: 255).

En la novela se refiere en diversas ocasiones al mecanismo evolutivo específicamente darwiniano, la selección natural, pero también al uso y desuso de los órganos y la herencia de los caracteres adquiridos. Además, recurre al ejemplo del alargamiento del cuello de la jirafa (Calcagno, 1888: 21), que todavía suele utilizarse para exponer el lamarckismo, pero que en mi opinión solo produce confusión y un solapado menosprecio a Lamarck (Camós, 2021: 58-59). También se refiere a la tendencia innata de los organismos hacia la complejidad, «la ley fatal del perfeccionamiento» (Calcagno, 1888: 321), mecanismo defendido explícitamente por Lamarck.

Y en una nota a pie de página sobre el origen de la paleontología, explica como Cuvier humillaba a Lamarck y negaba la existencia de fósiles humanos hasta que tuvo que rectificar:

Mucho tiempo la imponente autoridad de Cuvier, que no admitía lo que no contradijera al dogma, humilló á Lamarck [sic] bajo el despotismo de la fe mosaica, negando los fósiles humanos; (Calcagno, 1888: 343-344).

Calcagno, un firme partidario del autonomismo de Cuba, se exilió en Barcelona en 1896 cuando en la isla se producía la última fase de la guerra de la independencia, donde publicaría otras obras, entre ellas la segunda edición de la *Historia de un muerto*, en la que, como ya hemos dicho, trata ampliamente la evolución refiriéndose tanto a Darwin como a Lamarck.

Juan Vilaró también se pronunció sobre el silenciamiento de Lamarck en el discurso de apertura de la Universidad de La Habana de 1890. Acusando a Cuvier, afirmaba que le sometió a un silencio profundo y prolongado, siendo Darwin quien le rescataría decenios más tarde, y cuando «sacó a nueva luz la doctrina transformista, nadie se acordaba ya de Lamarck» (Vilaró, 1890: 8, cit. Pruna & García, 1989: 182). Las concepciones evolucionistas de Vilaró siempre tuvieron una fuerte influencia de Lamarck (Pruna, 1999: 80), pero a la luz de los datos historiográficos actuales el silenciamiento de Lamarck no fue ni tan profundo ni tan prolongado.

Entre 1885 y 1896 se publicó la *Revista Cubana*, que constituía la continuación de la *Revista de Cuba*, pero ahora con una clara preponderancia de los sectores vinculados con el independentismo. Su director fue Enrique José Varona, quien se había pasado desde el autonomismo a las filas independentistas (Puig-Samper & Naranjo, 1998: 100). En la *Revista Cubana* hemos localizado varias decenas de referencias a Lamarck, bastantes en artículos de autores que ya hemos citado al tratar la *Revista de Cuba*, como el propio Varona o Borrero. En muchos de ellos se recuerda a Lamarck por su papel histórico en el desarrollo de las teorías evolucionistas, pero otros podemos insertarlos ya en el llamado «eclipse del darwi-

nismo», cuando al discutir la selección natural como mecanismo evolutivo o sus límites, se recordaban entre otras alternativas los mecanismos propuestos por el naturalista francés.

Lo podemos ver en un artículo de Aristides Mestre Hevia, el antropólogo y médico cubano, hijo del médico positivista Antonio Mestre, del cual ya hemos hablado. En dicho artículo expone una dura crítica a diversos aspectos de la oración inaugural del año académico 1890-1891, pronunciada por Juan Vilaró en la Universidad, a la que nos acabamos de referir. Tras mencionar nuevos datos sobre el efecto de las condiciones exteriores en la determinación de los cambios orgánicos, afirma: «Esos recientes datos aumentan el valor de las opiniones de Lamarck; y no era extemporáneo apreciar su relativa significación» (Mestre, 1890: 373).

También lo podemos ver en un artículo de Gastón Alonso Cuadrado, un químico y farmacéutico nacido en la península, pero que desarrolló la mayor parte de su vida en Cuba, y que tiene una notable presencia en la revista. En la segunda entrega de su colección de artículos titulados «La ley de la selección natural en la lucha contra las creencias», y refiriéndose críticamente a aquellos naturalistas que centraban el estudio de los procesos evolutivos casi exclusivamente en la selección natural, escribe que están

..., dejando sin estudiar otras causas que como la acción del medio, y las modificaciones de estructura que resultan en el mayor ó menor uso de los órganos; factores ya señalados por Lamarck y el abuelo de Darwin; tienen tanta importancia en la transformación de las especies (Alonso, 1891: 311-312).

El mismo Alonso, tres años más tarde, también publicaría en la *Revista Cubana* la traducción de un texto de Herbert Spencer titulado «La insuficiencia de la “selección natural”», como tercera entrega de otra colección de artículos que llevaba por título «La ley de la selección natural en la lucha por la existencia». Spencer atacaba los planteamientos de Weismann y reconocía el valor de algunas propuestas de Lamarck, en el contexto del debate contemporáneo entorno de la evolución (Spencer, 1894: 200-243).

Concluiremos con un artículo que se publicó en 1897, poco antes de la separación definitiva de Cuba y España, en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana*. Se trata de la transcripción de un discurso pronunciado en la Academia por uno de los directores de los *Anales*, el académico José María Céspedes, quien en 1886 ya había fundado en La Habana la publicación el *Eco de Cuba*, que había sido un foco de difusión del evolucionismo (Pruna & García, 1989: 107-109). Al final del discurso que Céspedes dedica a la vida en los fondos marinos, señala el siglo XIX como el más fecundo del progreso humano, destacando la revolución en las ciencias que supuso el desarrollo del evolucionismo. En esta revolución le otorga un destacado papel a Lamarck, y utiliza términos como «filosofía zoológica» o «cadena de consanguíneos» que asociamos al naturalista francés:

Pero el siglo del vapor y la electricidad es también el siglo de las grandes investigaciones filosóficas. No nos referimos á la filosofía especulativa, que busca las leyes de la vida exclusivamente en el ser humano, estudiándolas en su propio pensamiento, –sino de la filosofía práctica moderna, llamada filosofía zoológica, extendida á todos los seres y estudiada en toda la naturaleza. Los esclarecidos nombres de Lamarck [sic] y Darwin, de Haeckel y Spencer vienen ya á vuestra imaginación y resuenan en vuestros oídos. El siglo XIX los ha designado para producir una verdadera revolución en las ciencias, lanzando al mundo la doctrina evolutiva que se propone enlazar á todos los vivientes en una sola cadena de consanguíneos, con el *Bathybius* en uno de sus extremos, y el *Homo* en el otro (Céspedes, 1897: 158).

Conclusiones

De una forma análoga a lo que ocurría en distintos puntos del mundo occidental y en la España peninsular en particular, antes de la publicación del *Origen de las especies* de Darwin, Lamarck en Cuba también era un naturalista conocido especialmente por sus trabajos en botánica y zoología, pero en algunos círculos también se sabía que defendía planteamientos evolucionistas. El naturalista cubano que en este período puso sobre el tapete las ideas evolucionistas de Lamarck fue Felipe Poey, aunque se mostrara defensor de los planteamientos de Cuvier, pero en años posteriores iría modificando sus ideas y acabaría defendiendo el evolucionismo. También algunos de sus colaboradores en las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba* que él dirigía, como Manuel Presas, Rafael Arango y Juan Vilaró, pondrían de manifiesto cierto conocimiento de los planteamientos evolucionistas lamarckistas.

A partir de finales de 1868, a través de los debates sobre el evolucionismo que se desarrollaron en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, van tomando protagonismo las ideas evolucionistas de Darwin y de Haeckel, así como los debates sobre el origen del hombre, pero teniendo todavía una importante presencia el transformismo lamarckista. A finales de los años setenta las explicaciones sobre el evolucionismo y los debates que suscitaban tuvieron una notable presencia en la *Revista de Cuba*, y ya se centraban fundamentalmente en las ideas de Darwin y Haeckel, aunque reconociendo el papel que tuvo Lamarck en el desarrollo de estas teorías, y en algunos casos detallando el gran trabajo científico del naturalista francés, como en un interesantísimo texto de Antonio Mestre.

En los años ochenta, distintos autores como José Martí continuaban reconociendo el papel de Lamarck en el desarrollo de la teoría evolucionista, y en los años finales del siglo también vemos una cierta recuperación de los planteamientos evolucionistas de Lamarck, en el inicio del período que conocemos como «el eclipse del darwinismo». Cabe destacar que en estos años el escritor Francisco Calcagno publicó dos novelas con contenido científico en donde se refería en distintos momentos al evolucionismo de Lamarck.

La dinámica del debate sobre el evolucionismo en la isla siguió cauces independientes de lo que sucedía en la España peninsular, aunque existían contactos a través de autores como Ramón de la Sagra o Serafín Gallardo, que viajaron a Cuba y volvieron a Europa, de autores que hicieron estudios o los convalidaron en Madrid o Barcelona como Poey, Mestre o Montané, o que pertenecieron a instituciones científicas radicadas en ciudades peninsulares. Un momento de notable confluencia entre el proceso en Cuba y lo que sucedía en la península fue el debate en torno a la memoria presentada por Letamendi en la Academia de Ciencias de La Habana. Es interesante también consignar las referencias a algunas obras evolucionistas publicadas en Madrid o Barcelona, como la primera traducción al castellano del *Origen de las especies*, el *Origen del hombre según la teoría descensional* o *Los prodigios de las plantas*.

Finalmente queremos destacar dos aspectos en el proceso de recepción en Cuba de la obra de Lamarck y de sus ideas revolucionarias. En primer lugar, la notable presencia que tuvo la ciencia francesa, lógica, si tenemos en cuenta su gran difusión en el siglo XIX en el mundo occidental. Esta presencia se vio acrecentada por el hecho de que muchos autores cubanos que hemos citado se hubieran formado en Francia total o parcialmente, y esto facilitó aún más su conocimiento de las obras de los naturalistas franceses más destacados, y entre ellos, a Lamarck. Entre los autores cubanos que participaron en el debate entorno del evolucionismo y recibieron formación en Francia destacaremos a Poey, Sauvalle, Frías, Montané, Mestre y Montalvo. Por ello no es de extrañar que buena parte de las obras citadas en los artículos a los que nos hemos referido estuvieran escritas en francés, ya fueran obras de científicos galos o traducciones de obras escritas en otros idiomas.

El segundo aspecto que queremos destacar tampoco es exclusivo de Cuba, pero en la isla aparece con notable intensidad en estos años. Se trata del intento de «cristianizar» el evolucionismo a través de afirmar que Lamarck, Darwin o ambos defendían en sus obras la intervención divina en algún momento del proceso evolutivo, intensificándose conforme nos acercamos al final del siglo. Este intento se iría desarrollando cada vez con mayor ímpetu especialmente en buena parte del mundo católico a finales del siglo XIX y principio del siglo XX, centrándolo cada vez más en el naturalista francés, al poder identificar la fuerza lamarckiana que dirigiría el progreso de los organismos hacia una mayor complejidad, con la intervención divina.

Bibliografía

AGRAMONTE, Roberto (1947). «Filosofía cubana de las postrimerías i el positivismo ortodoxo de Andrés Poey». *Revista Cubana de Filosofía*, 1 (2), p. 4-15.

ALONSO, Gastón (1891). «La ley de la selección natural en la lucha contra las creencias». *Revista Cubana*, p. 311-333.

ÁLVAREZ, Izaskun (2000). *Memorias de la Ilustración: las Sociedades Económicas de Amigos del País en Cuba (1783-1832)*. Madrid: Departamento de Publicaciones Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Appel, Toby A. (1987). *The Cuvier-Geoffroy Debate: French Biology in the Decades before Darwin*. New York, Oxford: Oxford University Press.

ARANGO, Rafael (1865). «Catálogo de los moluscos terrestres y fluviales de la isla de Cuba por Rafael Arango con introducción y notas de Felipe Poey». En: POEY, F. (dir.). *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba*, I, p. 71-112.

ARANGO, José Francisco (1879). «Origen natural del hombre». *Revista de Cuba*, VI, p. 134-150.

BORRERO, Esteban (1878). «Las plantas carnívoras». *Revista de Cuba*, IV, p. 288-299.

— (1879). «La vieja ortodoxia y la ciencia moderna». *Revista de Cuba*, VI, p. 288-299.

— (1879). «Consideraciones sobre la evolución é influencia social de los estudios antropológicos». *Revista de Cuba*, VII, p. 52-57.

BOWLER, Peter (1973). *The eclipse of Darwinism*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

BURKHARDT, Richard (1977). *The Spirit of System. Lamarck and Evolutionary Biology*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.

CALCAGNO, Francisco (1876). *Historia de un muerto y noticias del otro mundo*. La Habana: Imprenta del directorio.

— (1888). *En busca del eslabón. Historia de monos*. Barcelona: Imprenta de Salvador Manero.

CAMÓS, Agustí (2010). «La difusión del darwinisme en les editorials de Barcelona durant el segle XIX». *Actes d'Història de la Ciència i de la Tècnica*, 3 (2), p. 131-142.

— (2016). «Antoni de Martí i Franquès, ¿Un genio aislado? La llegada del lamarckismo a Barcelona en la primera mitad del siglo XIX». *Dynamis*, 36 (2), p. 391-417.

— (2021). *La huella de Lamarck en España en el siglo XIX*. Madrid: CSIC.

CORSI, Pietro (1984). «Lamarck en Italie». *Revue d'Histoire des sciences*, 37, p. 47-64.

— (1983). *Oltre il mito: Lamarck e le scienze naturali del suo tempo*. Bologna: Il Mulino.

— (2005). «Before Darwin: Transformist Concepts in European Natural History». *Journal of the History of Biology*, 38 (1), p. 67-83.

— (2011). «Jean-Baptiste Lamarck: From myth to history». En: GLISSIS, Sanit B.; JABLONKA, Eva. (eds.). *Transformations of Lamarckism: From subtle fluids to molecular biology*, p. 9-20.

— (2021). «Edinburgh Lamarckians? The Authorship of Three Anonymous Papers (1826-1829)». *Journal of the History of Biology*, 54 (3), p. 345-374.

CÉSPEDES, José María (1897). «Existencia y condiciones de la vida en la profundidad de los mares». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 19, p. 143-158.

COMTE, Auguste (1838). *Cours de Philosophie Positive*, vol. III. París: Bachelier.

DESMOND, Adrian (1989). *The politics of evolution: Morphology, Medicine, and Reform in Radical*. Chicago, London: The University of Chicago Press.

FERNÁNDEZ, Pura (2005). «Los "soldados" de la República Literaria y la edición heterodoxa». En: DEVOIS, Jean-Michel. *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, p. 125-136.

FERNÁNDEZ, Leida y GARCÍA, Armando (2009). «Ciencia». En: Naranjo, Consuelo (coord.). *Historia de Cuba*, Madrid: CSIC – Doce Calles, p. 477-504.

FORGIONE, Fabio (2020). «Evolution as a Solution: Franco Andrea Bonelli, Lamarck, and the Origin of Man in Early-Nineteenth-Century Italy». *Journal of the History of Biology*, 53, p. 521-548.

FRAGA, Xosé y DÍAZ-FIERROS, Francisco (2005). «Auber y Fondinaire, Pedro Alejandro». En: *Diccio-*

nario histórico das ciencias e das técnicas de Galicia. Autores, II. A Coruña: Seminario de Estudos Galegos, p. 22-25.

FRÍAS, Francisco (1868). «Sobre la variabilidad de las especies en plantas y animales». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 5, p. 224-233.

— (1880). «Sobre el origen de la Especie». *Revista de Cuba*, VIII, p. 213-220.

FUNES, Reinaldo (2004). *El despertar del asociacionismo científico en Cuba (1876-1920)*. Madrid: CSIC.

GALERA, Andrés (2017). «The Impact of Lamarck's Theory of Evolution Before Darwin's Theory». *Journal of the History of Biology*, 50 (1), p. 53-70.

GALLARDO, Serafín (1870). «Trombas observadas en las costas de la isla de Cuba: reflexiones acerca de este fenómeno». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 7, p. 7-9.

— (1877). *Oración inaugural pronunciada en la solemne apertura del curso académico de 1877 á 1878 en la Universidad Literaria de La Habana*. Habana: Imprenta del gobierno y capitania general.

GARCÍA GONZÁLEZ, Armando (2002). «En busca del eslabón, una novela darwinista». En: PUIG-SAMPER, Miquel Àngel [et al.] (ed.). *Evolucionismo y cultura. Darwinismo en Europa e Iberoamérica*. Junta de Extremadura – UNAM – Doce Calles, p. 301-316.

— (2018). «Ciencia y evolución en dos novelas de Francisco Calcagno: Historia de un muerto y S. Y.». En: VALLLEJO, Gustavo [et al.] (ed.). *Darwin y el Darwinismo desde el sur al sur*. Madrid: Doce Calles, p. 301-318.

— (2019). «Del respeto al corazón: Darwin en Martí». En: SARMIENTO, Marcos [et al.] (eds.). *Reflexiones sobre el darwinismo desde las Islas Canarias*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, p. 377-400.

GARCÍA, Armando y PRUNA, Pedro M. (1987). «El transformismo en la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba». *Asclepio*, 39 (1), p. 205-236.

GARCÍA MORA, Luis M. (2009). «Un nuevo orden colonial: del Zanjón al Baire, 1878-1898». En: NARANJO, Consuelo (coord.). *Historia de Cuba*, Madrid: CSIC – Doce Calles, p. 477-504.

GONZÁLEZ, Rosa María (1999). «Felipe Poey y Aloy: El naturalista por excelencia». En: POEY, Felipe.

Obras. Biblioteca de clásicos cubanos. La Habana: Imagen Contemporánea, p. 1-31.

GONZÁLEZ DEL VALLE, Francisco (1926). «Las ideas filosóficas y religiosas de Felipe Poey». *Social*, La Habana, julio de 1926, XI (7), 30 y 65.

GOTT, Richard (2007). *Cuba. Una nueva historia*. Madrid: Akal.

HAECKEL, Ernst (1878). «La evolución explicada por Haeckel [sic]». *Revista de Cuba*, III, p. 52-64.

HERNÁNDEZ, Manuel (1993). «La orden cubana de los Caballeros de la Luz en el exilio estadounidense». En: FERRER, J. A. (coord.). *Masonería española y América*. Zaragoza: Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, I, p. 401-414.

LAMARCK (1809). *Philosophie zoologique*. París: Dentú.

LAURENT, Goulsen (1987). *Paléontologie et évolution en France de 1800-1860: Une Histoire des Idés de Cuvier et Lamarck à Darwin*. París: CTHS.

MARTÍ, José (1975). *Obras Completas*. La Habana: Editora de ciencias sociales.

MARSH, Othniel Ch. (1880). «La Paleontología su historia y sus métodos». *Revista de Cuba*, VIII, p. 136-149.

MESTRE, Antonio (1879). «Origen natural del hombre». *Revista de Cuba*, V, p. 419-433 y 508-528.

MESTRE, Arístides (1890). «Discurso del doctor Vilator en la Universidad». *Revista Cubana*, p. 357-374.

— (1921). «Poey en la historia de la antropología cubana». *Memorias de la sociedad Poey*, 1, p. 15-28.

MONTALVO, José R. (1879). «El hombre terciario». *Revista de Cuba*, VI, p. 475-486.

MONTANÉ, Luís (1878). «El reino humano». *Revista de Cuba*, IV, p. 337-347.

MORALES, Vidal (1887). *Biografía del señor D. Francisco de Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces*. La Habana: La Propaganda Literaria.

NARANJO, Consuelo (2024). *Ramón de la Sagra, un naturalista en Cuba*. Madrid: Editorial Sicómoro.

NIETO, Rafael (1955). «Documentos sacramentales de algunos ilustres». *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3, p. 159-162.

NÚÑEZ, Manuel (2019). *Ramón de la Sagra, reformador social*. Pamplona: Urgoiti editores.

PERETÓ, Juli [et al.] (2009). «Charles Darwin and the origin of life». *Origins of Life Evolution and the Biosphere*, 39, p. 395-406.

POEY, Andrés (1876). *Le positivisme*. París: Germer – Bailliére.

POEY, Felipe (1843). *Curso de zoología*. La Habana: Imprenta del gobierno y capitanía general por S. M.

— (1851). *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, I. La Habana: Imprenta de Barcina.

— (1853). «Historia natural en general». En: *Programa oficial de las materias concernientes a las distintas asignaturas de la Facultad de Filosofía de la Real Universidad de La Habana*. La Habana: Imprenta de M. Soler, p. 61-80.

— (1856-1858). *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, II. La Habana: Imprenta de la viuda Barcina.

— (1866). «Biología. Sistematización biológica». *Anuario de la sección de ciencias físicas y naturales del Liceo de Matanzas*, I, p. 73-122.

— (1868). «Discurso de contestación al señor Conde de los Pozos Dulces». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 5, p. 234-237.

— (1888). *Obras literarias de Felipe Poey*. La Habana: La propaganda literaria.

— (1999). *Obras. Biblioteca de clásicos cubanos*. La Habana: Imagen Contemporánea.

PRESAS, Manuel (1865). «La historia natural en Cuba». En: POEY, Felipe. *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba*, I, p. 3-56.

PRUNA, Pedro M. y GARCÍA GONZÁLEZ, Armando (1989). *Darwinismo y sociedad en Cuba. Siglo XIX*. Madrid: CSIC.

PRUNA, Pedro. M. (1999). «El evolucionismo biológico a fines del siglo XIX». En: GLICK, Thomas [et al.] (ed.). *El darwinismo en España e Iberoamérica*. Madrid: Doce calles – UNAM – CSIC, p. 69-81.

— (2002). *La Real Academia de Ciencias de La Habana 1861-1898*. Madrid: CSIC.

PUIG-SAMPER, Miguel A. y PELAYO, Francisco (1989). «Darwin en Cuba. El transformismo en la Revista de Cuba». *Revista de Indias*, 185, p. 424-435.

PUIG-SAMPER, Miguel A. y NARANJO, Consuelo (1998). «Pensamiento científico y revolución en Cuba a finales del siglo XIX en la Revista Cubana». *Ibero-Americana Pragmática*, XXXII, Praga, p. 97-110.

PUIG-SAMPER, Miguel A. y VALERO, Mercedes (2000). *Historia del Jardín Botánico de La Habana*. Aranjuez: Doce Calles – CSIC.

— (2001). «Los naturalistas Pedro Alejandro y Emilio Auber en el Jardín Botánico de La Habana». *Ingenium*, 7, p. 327-341.

REYES, Agustín W. (1877). «La ciencia y sus derechos». *Revista de Cuba*, II, p. 432-444.

RIVERO DE LA CALLE, Manuel (Comp.) (1966). *Actas: Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la Unesco.

SAGRA, Ramón de la (1824). *Principios fundamentales para servir de introducción a la Escuela de Botánica Agrícola del Jardín Botánico*. La Habana: Imprenta de P. Palmer.

SANTAMARÍA, Antonio (2009). «Evolución económica, 1700-1959». En: NARANJO, Consuelo (coord.). *Historia de Cuba*, Madrid: CSIC – Doce Calles, p. 69-125.

SAUVALLE, Francisco (1875). «Continuidad en la naturaleza». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 12, p. 7-9.

— (1880). «Discurso de contestación á la memoria sobre el Eucalyptus globulus». *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, XVII, p. 383-394.

SPENCER, Herbert (1894). «La insuficiencia de la "selección natural"». *Revista Cubana*, XIX, p. 200-243.

STRICK, James (2000). *Sparks of Life: Darwinism and the Victorian Debates over Spontaneous Generation*. Cambridge: Harvard University Press.

SUÁREZ, Anselmo (1880). *Francisco*. Nueva York: Imprenta y librería de N. Ponce de León.

TESTA, Caden (2023). «Species Transformation and Social Reform: The Role of the Will in Jean-Baptiste Lamarck's Transformist Theory». *Journal of the History of Biology*, 56, p. 125-151.

THOMAS, Hugh (2004). *Cuba La lucha por la libertad*. Barcelona: Debate.

TORRE, Carlos de la (1907). «La estatua de Lamarck». *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, XLIV, p. 27-37.

VARELA, José (1880). «La adaptación». *Revista de Cuba*, VIII, p. 289-304.

VARONA, Enrique José (1877). «Heterogénesis». *Revista de Cuba*, I, p. 301-304.

— (1878). «El positivismo». *Revista de Cuba*, III, p. 193-209.

— (1879). «La evolución psicológica». *Revista de Cuba*, VI, p. 5-22.

VECIANA, E. F. (1878). «Haeckel y el origen del hombre». *Revista de Cuba*, IV, p. 295-302.

VILARÓ, Juan (1866). «Apuntes zoológicos». *Anuario de la sección de ciencias físicas y naturales del Liceo de Matanzas*, I, p. 161-225.

— (1867). «Culebrita ciega». En: POEY, Felipe. *Repertorio físico-natural de la Isla de Cuba*, II, p. 69-72.

— (1867). «Notas de Juan Vilaró». En: POEY, Felipe. *Repertorio físico-natural de la Isla de Cuba*, II, p. 119-122.

— (1890). «Discurso pronunciado en la Real Universidad de La Habana [...] en la solemne apertura del curso 1890-1891». *Memorias de la Universidad de La Habana*.

ZAMBRANA, Ramón (1864). «Discurso pronunciado en una de las sesiones del Liceo de Guanabacoa». *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos de País de la Habana*, Serie 4ª, 8, p. 260-265.